

La dualización productiva normal: precisiones y ampliación. Bases antropológicas próximas de la actividad económica (I)

*The Normal Productive Dualization: Clarifications and Enrichment of the Notion.
The Proximate Anthropological Bases of Economic Activity (I)*

IGNACIO FALGUERAS SALINAS

Catedrático emérito de Filosofía. Universidad de Málaga
jifalgueras@uma.es

RECIBIDO: 16 DE AGOSTO DE 2019
VERSIÓN DEFINITIVA: 30 DE ENERO DE 2020
DOI: 10.15581/013.22.133-193

IGNACIO FALGUERAS SORAUREN

Dpto. de Teoría e Historia económica. Universidad de Málaga
ORCID: 0000-0003-0367-1523
ifs@uma.es

Resumen: Continuando una línea de investigación ya abierta, empezamos un segundo tramo de la misma con este trabajo, el cual se ocupa de: (i) precisar ideas ya esbozadas anteriormente, y (ii) ampliar en detalle el desarrollo de la dualización productiva normal, comenzando por su polo inferior. Con esto se introducen temas nuevos en los que ya se adelantan algunos rasgos que, aunque han sido considerados típicos de la actividad económica, aquí se muestra que no le pertenecen todavía, pero sí que, en cierto sentido, la preludian, razón por la cual los estimamos como primeras bases próximas de la misma.

Palabras clave: Antropología, Actividad económica, Dualización productiva normal, Escasez básica.

Abstract: This piece of research marks the beginning of a second stage in an investigation that two earlier articles initiated. In particular, the paper (i) provides a more accurate description of some ideas already sketched in our previous work and, (ii) details the unfolding of the normal productive dualization, attending to its inferior pole in the first place. In doing this, new themes are introduced which exhibit traits that have been thought of as characterizing the economic activity. However, our research reveals that these traits are not exclusive to this human activity, but they simply precede it. Just for this reason, we regard them as the first proximate foundations of the economic activity.

Keywords: Anthropology, Economic Activity, Normal Productive Dualization, Basic Scarcity.

1. INTRODUCCIÓN

En un trabajo anterior¹, estudiamos el sentido y los fundamentos antropológicos remotos de la actividad práctica humana, que constituyen el fondo sobre el que se destacará más adelante la actividad económica. Nuestra indagación se detuvo, entonces, al terminar de esbozar la caracterización de la *dualización productiva* en su forma *históricamente normal*², por ser eso suficiente en cuanto que preparación para un estudio más detenido de la misma. En este artículo comenzamos un segundo tramo investigador que, tomando como punto de partida los resultados alcanzados anteriormente, pretende continuar la línea de investigación ya iniciada, prestando atención pormenorizada al despliegue de la dualización productiva normal, la cual, por su complejidad, habrá de ser estudiada por fases.

Para enlazar con los resultados de las investigaciones precedentes, empecemos por recordar que la esencia del hombre se despliega como una dualización “alma-cuerpo”, y que ésta da lugar a una gran complejidad de operaciones de las que unas eran sólo del alma con mero acompañamiento extrínseco del cuerpo; otras eran movimientos de sólo el cuerpo, pero sostenidos por el alma; y, finalmente, otras eran del alma y del cuerpo en cooperación activa por parte de ambos³. Pero no se pierda de vista que, aun siendo distintas, *todas las operaciones referidas pueden* ser también contemporáneas, tal como cabe entender que sucede cuando, por ejemplo, hablamos mientras paseamos: al hacerlo, están actuando tanto operaciones propias del alma (pensamiento y voliciones),

¹ Ha sido publicado en dos partes: I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Foundations of Economic Activity (Part I: Introduction and first steps)”, en *Journal of Polian Studies*, 2 (2015), 21-59; e I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity (Part II: Essential Dualizations and Conclusions)” en *Journal of Polian Studies*, 3 (2016), 29-53. En el presente artículo aludimos a las dos, pero empezamos enlazando con la parte II del mismo.

² Nosotros habitamos el mundo no sólo cuando producimos, también cuando dormimos, estamos enfermos, sufrimos, y, por supuesto, cuando lo estudiamos y contemplamos, pero la forma más normal de hacerlo como hombres es la que llevamos a cabo mediante la actividad productiva, en la que intervienen dos potencias espirituales y dos facultades corporales.

³ Para todo este párrafo, cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Foundations of Economic Activity (Part I: Introduction and first steps)”, en *Journal of Polian Studies*, 2 (2015), 31-40. Las operaciones de sólo el alma y las operaciones conjuntas se pueden corresponder con las que los moralistas clásicos llaman *actos humanos*, y las potencialidades de sólo el cuerpo con las que llaman *actos del hombre*; cfr. I. GREDET, *Elementa philosophiae Aristotelico-Thomisticae*, Herder, Freiburg i. B., 1932, II, 298.

como movimientos propios del cuerpo (articulaciones de los huesos, riego sanguíneo, alimentación de las células de los músculos, latidos del corazón, etc.), y operaciones conjuntas de ambos (hablar⁴). Como es obvio, el que sean intrínsecamente distintas no impide que la persona, de la que todas dependen en última instancia, las integre *unitariamente*. Todo esto hace que –por su doble vinculación (existencial y esencial) con la criatura mundo– el hombre sea un ser altamente complejo, cuya unidad se ha de desplegar en múltiples dualizaciones⁵.

De entre toda la variedad de operaciones mencionadas las que *manifiestan* mejor la dualización esencial del hombre son las operaciones conjuntas de cuerpo y alma, las cuales, según quedó expuesto en los trabajos antes citados, tienen como eje armónico *normal* a la dualización productiva⁶. En ésta, lo atemporal (presencia) permite articular el tiempo, a la vez que hace posible introducir desde el tiempo articulado una ordenación humana libre y artificial (ideas y voliciones) de los tiempos biológico y físico. La *contemporaneidad* resultante no es la mera sincronía de los tiempos físico y biológico, sino una uni-

⁴ Ponemos como ejemplo el hablar, porque es la operación conjunta más fácilmente comprobable por todos, no porque sea la primera.

⁵ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Foundations of Economic Activity (Part I: Introduction and first steps)”, en *Journal of Polian Studies*, 2 (2015), 51-54. Sólo a título de recordatorio, repetiremos que las dualizaciones tienen siempre dos polos, pero esos polos se desdobl原因, a su vez, en otros dos, y así en tantos cuantos se necesiten, sucesivamente, para la habitación efectiva del mundo. Aunque los polos superiores tienen la iniciativa, también los polos inferiores tienen un influjo (pasivo o activo) sobre los superiores, de lo contrario no serían polos de una dualización. Por ejemplo, en la dualización “alma-cuerpo” es el alma la que unifica consigo al cuerpo, pero el cuerpo unificado (por ella) es, a su modo y medida, interactuante con ella, de manera que o bien colabora positiva y directamente en la actividad del alma –como la imaginación con el entendimiento; o las facultades locomotrices en la producción–, o bien colabora pasivamente condicionando el funcionamiento conjunto. La sangre, por poner un ejemplo elemental de esto último, no influye directamente en la intelección, pero su riego es imprescindible para que las facultades sensibles (sentidos, imaginación, memoria y cogitativa) puedan colaborar (influjo pasivo) con la inteligencia, por lo que, si disminuyera su cantidad o su calidad, podría impedir el buen funcionamiento del cerebro, y, consiguientemente, el de las dualizaciones operativas, en especial el de las conjuntas de cuerpo y alma.

⁶ La dualización productiva reúne contemporáneamente varias dualizaciones. La primera de las que estamos considerando es la dualización dotacional esencial “alma-cuerpo”; y dentro de ésta la dualización productiva es su manifestación central o armónica (*normal*) –no la única–, la cual se despliega de modo complejo por fases: intelecto-voluntad (propósito posible); intelecto-voluntad-imaginación (proyecto); intelecto-voluntad-imaginación-facultades locomotrices (producción), y, finalmente, producción-producto. Cada despliegue posterior requiere de todos los anteriores, de manera que en él se alcanza la contemporaneidad de las fases anteriores, y así las dualizaciones superiores se mantienen activas en las inferiores.

ficación activa por parte del alma que nos permite manifestar en el tiempo físico nuestra libertad esencial⁷.

Precisamente, dada la mencionada complejidad del hombre –ser dualizante sistémico–, conviene tener en cuenta que el segundo tramo de nuestra investigación va a proceder por pasos, desarrollando sólo uno de los polos *radicales* de su rica sistemicidad, a saber, la esencia del hombre⁸, y ésta no en su total integridad, pues se va a ceñir sólo al eje central de su manifestación. Asimismo, es importante advertir que los pasos que se irán dando no deben ser entendidos como insertos en una secuencia lineal única, sino como el despliegue del polo inferior (la esencia) de la dualización “ser-esencia” humanos. Dicho polo inferior, a su vez, se despliega en otras dualizaciones, unas más, otras menos centrales, pero siendo todas ellas contemporáneas desde la unidad personal del ser humano. De ahí la dificultad de las exposiciones, que han de ir una detrás de otra, pero deben ser entendidas como ejercidas (temáticamente) de modo conjunto, por lo que al resaltar cada uno de los pasos expositivos no deberán perderse de vista la dualidad de los polos que integran cada una de las dualizaciones ni la unidad radical de las mismas⁹.

Pues bien, la aportación última que se propone hacer nuestra investigación, en éste su segundo tramo, es la de proporcionar un esbozo del fundamento y del sentido antropológicos *próximos* de la dualización productiva normal que sirva de preparación para llegar a entender la *actividad económica* del hombre. Como también hemos señalado en otro trabajo precedente¹⁰, entender dicha actividad es, hoy, una tarea especialmente acuciante para la Economía. En nuestros días, la ciencia económica se encuentra en una situación de

⁷ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity (Part II: Essential Dualizations and Conclusions)”, en *Journal of Polian Studies*, 3 (2016), 38, y 39 en nota 26.

⁸ El otro polo radical es el *ser* del hombre.

⁹ Aunque el desarrollo de este artículo empiece a descender a detalles más concretos y aparentemente dispersos, no se debe olvidar, tampoco, el enfoque panorámico del conjunto, que es del que ellos reciben su unidad y sentido, y que, según nuestra propuesta, coincide con la tarea destinal del hombre, a saber: la llamada a habitar el universo en el modo de perfeccionarlo y perfeccionarse, introduciendo sus proyectos en el tiempo físico.

¹⁰ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “La posible y dispar ayuda entre filosofía y economía en relación con algunos problemas básicos de la teoría económica actual”, en J. A. GARCÍA GONZÁLEZ, *Sobre la filosofía de Leonardo Polo: Familia, educación y economía*, Aedos, Madrid, 2019, 23-80. Este escrito ha sido editado también, aunque más reducido, con el título de “La posible ayuda de la filosofía a la economía”, en *Filosofía de la Economía*, 4 (2015), 45-68.

perplejidad como saber teórico a causa de haber tomado como tema todo el comportamiento humano y no el que es su verdadero tema propio, a saber, la estricta actividad económica. Habiendo delimitado en publicaciones anteriores el ámbito remoto de lo humano –a saber: la esencia del hombre como habitador del universo– en el que va a aparecer esa actividad, nuestro empeño será, ahora, el de exponer los referentes antropológicos que demarcarán el ámbito próximo en el que se encuadrará la estricta actividad económica con sus matices diferenciales.

Para alcanzar el propósito último recién señalado, en este segundo tramo de nuestra investigación vamos a precisar y ampliar más en detalle la descripción de la dualización productiva normal ya adelantada de forma incipiente en el primero. Dada la imposibilidad de recoger en los límites de un solo artículo toda la envergadura de lo investigado al respecto, el tramo mencionado será cubierto en tres artículos consecutivos: el primero prestará atención a la *fase inicial* (individual) de dicha dualización, para afinar la comprensión de su polo inferior (i); el segundo, considerará su polo superior, así como el desarrollo conjunto de ambos polos, también en su fase individual (ii); y el tercero estudiará el despliegue de su *fase avanzada* o social (iii), merced a la cual se completará el marco antropológico que servirá de referencia inmediata para la comprensión de la actividad económica¹¹. Por ser el desarrollo de un mismo tramo, los distintos artículos compartirán un mismo subtítulo¹², aunque, según la naturaleza de los asuntos en ellos tratados, diferirán en los títulos.

Para empezar, en el presente y primer artículo, después de aclarar algunos posibles equívocos que afectan a la dualización productiva normal (apartado 2), procederemos a precisar la noción de escasez, que corresponde a su polo inferior, y a estudiar el inicio del despliegue de la dualización productiva desde dicho polo (apartado 3). Esto último servirá de preparación necesaria para la exposición del desarrollo conjunto del polo inferior con el superior (riqueza)¹³, que será el tema del próximo artículo, aunque –como hemos dicho– a ambos los estudiaremos, por ahora, sólo en su fase individual.

¹¹ La razón de la distinción en fases de esta dualización es explicada en la sección 3 del presente artículo.

¹² El subtítulo común será: “Bases antropológicas próximas de la actividad económica”.

¹³ Como hemos dicho, las dualizaciones humanas constan de dos polos jerárquicamente desiguales, uno superior y otro inferior. El superior lo es, entre otras cosas, por gozar de iniciativa en la actividad, iniciativa que proporciona el modo (o método) de actividad a la dualización; pero también es superior porque no se ocupa de sí mismo, sino que, aun manteniendo su actividad pro-

Si bien una parte del contenido de este primer artículo podría haber sido incluida en el estudio de las bases antropológicas *remotas* de la actividad económica, hemos preferido ponerlo, sin embargo, como paso primero para el establecimiento de sus bases *próximas*. La razón de esa preferencia estriba en que –como se verá– sus averiguaciones suministran algunos datos que han sido considerados por muchos como característicos de dicha actividad económica, y que, aunque, a nuestro juicio, todavía no le pertenezcan en propio, se aproximan ya a ella. De este modo, además, podrá servir de enlace entre el tramo anterior y este segundo tramo de nuestra investigación.

2. PRECISIONES PREVIAS SOBRE LA DUALIZACIÓN PRODUCTIVA NORMAL

a) *Aclaraciones sobre el lugar de la actividad productiva dentro de las operaciones conjuntas de la esencia humana*

La actividad productiva¹⁴ es la más normal y patente, pero no la primera operación conjunta¹⁵ de la dualización esencial del hombre. La primera operación conjunta de dicha dualización es la operación de la conciencia, que re-

pia, dirige parte de la misma hacia el polo inferior, de manera que hace de éste su tema, y, por cierto, siguiendo el orden propio del polo inferior. Y ese mismo será nuestro modo de proceder: atenderemos, primero (en este artículo), temáticamente, a lo que es decisivo en el polo inferior, y estudiaremos, después (en el artículo siguiente), el modo en que la actividad del polo superior asocia consigo al inferior.

¹⁴ Éste no es sino otro nombre de la dualización productiva normal. Recordemos al respecto que por “actividad productiva”, a secas, no entendemos la actividad económica propiamente dicha, ni tampoco aquella parte de la misma que los economistas denominan producción, sino algo mucho más amplio, a saber: la introducción de una idea en el tiempo, a la vez que la ordenación de ciertos procesos físicos según una idea (cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity [Part II: Essential Dualizations and Conclusions]”, en *Journal of Polian Studies*, 3 [2016], 39). Hablar o dar un paseo son, por ejemplo, actividades productivas en este sentido amplio. Por tanto, nos movemos todavía dentro de la actividad práctica humana en toda su extensión, que es el marco de referencia remoto para la actividad estrictamente económica.

¹⁵ Hablamos de “operación”, porque no nos movemos en el plano que podría llamarse trascendental –el del acto de ser personal y sus dualizaciones radicales, que es el plano de los hábitos más altos, y que precede jerárquicamente al de las operaciones–, sino en el de las dualizaciones situadas en el plano de la esencia del hombre, a las que también hemos llamado “dualizaciones operativas”. Ahora bien, dentro de éstas, nosotros estamos atendiendo a aquellas que llevan a cabo la co-esencialización con el mundo *de modo normal*; entiéndase que nos referimos a ellas cuando usamos la expresión “operaciones conjuntas”. Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity (Part II: Essential Dualizations and Conclusions)”, en *Journal of Polian Studies*, 3 (2016), 31-40.

cae directamente sobre la aportación (temporal-formalizante) de la facultad imaginativa¹⁶. Los resultados más intensamente formales de la imaginación humana son el espacio isomorfo y el tiempo isócrono, ambos por entero homogéneos y sólo intelecto-imaginativos, no reales¹⁷. Al abstraer directamente de ellos, la mente humana forma la noción de circunferencia, cuya más notoria característica es que se da en presencia *toda de una vez*¹⁸, lo cual la emancipa totalmente del espacio y del tiempo¹⁹. Merced al hábito de conciencia, que sigue a la operación referida y concomita a todas las siguientes objetivaciones de la mente, la circunferencia se incorpora al yo convertida en el círculo o ámbito de “lo mío”²⁰. Ese ámbito de lo mío, es decir, de lo que poseo como ob-

¹⁶ La conciencia a que nos referimos no es la conciencia moral, sino una operación –la primera, biográficamente hablando, y la más baja jerárquicamente– del entendimiento. La operación “conciencia” *abstrae* la circunferencia *a partir de* la imaginación. Cfr. L. POLO, *Curso de teoría del conocimiento II*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. V, Eunsa, Pamplona, 2015, 201: “separar lo estrictamente formal de la circunferencia del espacio y del tiempo es abstraer la circunferencia del espacio y el tiempo”. Precisamente por eso, es una operación dualizante en la que se impone de modo despótico la presencia mental con mero influjo pasivo por parte de la imaginación.

¹⁷ Cfr. L. POLO, *Curso de teoría del conocimiento I*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. IV, Eunsa, Pamplona, 2015, 257, 262, 308; y *Curso de teoría*, II, 197-198. En el mundo físico existen muchos tiempos, o secuencias antes-después; por tanto, no existe un tiempo único. Derivadamente, existen lugares y cuerpos. El espacio físico es una propiedad *relativa* de los lugares y cuerpos, por la que no ofrecen resistencia a ciertos movimientos, pero sí a otros: para los que ofrecen resistencia son impenetrables, para los que no ofrecen resistencia son espaciosos. Los organismos animales necesitan para trasladarse imaginar la espaciosidad de lugares y cuerpos, la cual –como decimos– es siempre relativa. Pero el hombre puede imaginar tanto un tiempo como un espacio homogéneos gracias al influjo de la operación abstractiva sobre la imaginación. Ni el tiempo ni el espacio absolutos u homogéneos existen fuera de la mente humana.

¹⁸ Ha de distinguirse, al menos, entre el movimiento circular (físico), la circunferencia trazada (proyectada sobre un papel o en un producto por el hombre), la circunferencia meramente imaginada, y la circunferencia pensada. Que la circunferencia *como objeto pensado* se dé toda de una vez es lo que explica sus extrañas propiedades, como son: que sea inespecial e intemporal; que en ella el todo y la parte sean iguales; que no haya en verdad más que una circunferencia, es decir, que todas las circunferencias sean iguales, etc. Como objeto del pensamiento, la circunferencia se conmensura de tal manera con su operación que aquélla es lo que es y como es, precisamente porque es pensada: “... para que la circunferencia ‘se piense como se piensa porque se piensa’, tenemos que pasar de la circunferencia como tiempo a la circunferencia sin tiempo” (L. POLO, *Curso de teoría*, II, 198).

¹⁹ Cfr. L. POLO, *Curso de teoría*, II, 198-199. Y así la circunferencia se convierte en el objeto único y propio de la operación conciencia, cfr. L. POLO, *Curso de teoría*, II, 192.

²⁰ L. POLO, *Antropología trascendental*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XV, Eunsa, Pamplona, 2016, 502: “La presentación de la circunferencia es la idea iluminada por el hábito de conciencia, cuya concomitancia se consolida en la idea de mío, o círculo posesivo que encierra todas las objetivaciones como sujeto suyo”. En realidad, lo propiamente “mío” es el *objeto*, al que poseo con mi presencia mental desde el primer acto cognoscitivo (conciencia), y cuyo hábito, al acompañar a las demás operaciones, va ampliando su círculo posesivo. Cfr. *Antropología*, 322; *Curso de teoría*, I, 268; *Curso de teoría*, II, 357.

jeto, es el núcleo originario de la propiedad²¹. Poseer objetos mentales constituye el germen de la riqueza en ideas; y como la voluntad tiende hacia objetos conocidos como bienes reales, también sus fines –o la riqueza en deseos y voliciones– entran en el círculo de “lo mío”. Los dos elementos de la riqueza mencionados tienen, pues, en común que son *poseídos*, unos en acto y otros en potencia, y, en esa medida, la raíz de la riqueza es la *propiedad*. Naturalmente, al decir esto estamos refiriéndonos a la riqueza mental, o riqueza de ideas y voliciones, no a la riqueza en bienes materiales, que, si llega a existir, deberá primero haberse seguido de aquélla. En este plano, y en términos generales, no cabe hablar, adecuadamente, de pobreza, porque en el preciso sentido señalado, todo hombre es dueño y rico por el poder de su conocimiento. No puede decirse de ningún animal que sea dueño, ni rico ni pobre, porque los animales no poseen²². Pero todos los hombres poseen no sólo con su cuerpo, sino sobre todo con su espíritu, pues por el simple hecho de conocer poseen el universo entero, aunque obviamente no puedan ser dueños del universo, como tal, en sentido práctico²³. Sin la posesión previa de que hablamos, o riqueza del espíritu, no se puede ser ni rico ni pobre materialmente, pues incluso el pobre ha de tener, para serlo, la capacidad de poseer, que se adquiere, ante todo, por la operación intelectual primera. No cabe, pues, riqueza sin posesión, la cual es obviamente personal, siempre que por persona no se entienda la mera individualidad²⁴.

²¹ “La posesión según el pensamiento es más intensa que la posesión práctica” (L. POLO, *Filosofía y Economía*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXV, Eunsa, Pamplona, 2015, 210). Ésa es la razón por la que dedicamos aquí un amplio espacio a la consideración de la posesión, dada la importancia que esa noción tendrá para la actividad económica, si bien ahora sólo tratamos de su raíz antropológica.

²² Los animales no poseen cosas, porque no objetivan, tan sólo son movidos hacia los procesos físicos por sus tendencias, de modo genéticamente prediseñado. Los objetos tienen valor atemporal, pero las tendencias de los animales vigen según el tiempo biológico en referencia a los otros tiempos físicos.

²³ Es lo que Kant expresaba implícitamente en un conocido pasaje: “Dos cosas llenan el ánimo de siempre nueva y creciente admiración y reverencia...: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí” (“Zwei Dingen erfüllen das Gemüth mit immer neuer und zunehmender Bewunderung und Ehrfurcht...: der bestirnte Himmel über mich und das moralische Gesetz in mir”, I. KANT, *Kritik der praktischen Vernunft*, *Kants gesammelte Schriften*, Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften, Berlin, 1908-1913, V, 161). De ahí que considerara al hombre como *Cosmotheoros* (*Opus Postumum*, Akademie, XXI, 43) y como ente moral o persona (*Opus postumum*, Akademie, XXI, 14).

²⁴ La distinción entre individuo y especie es propia de la vida orgánica (ya desde su grado vegetal), pero está radicalmente modificada en el hombre por su condición de persona, la cual tiene como característica ser irreductible e irrestricta, a la vez que intrínsecamente comunicativa y comuni-

No estamos tratando todavía ni del derecho a la propiedad ni de su ejercicio práctico y social²⁵, sino de algo más radical, de la posesión del objeto introducida por la presencia mental, y que se conoce de modo claro en el hábito resultante de la operación de la conciencia cognoscitiva de cada uno. Nos referimos, pues, a una posesión insuprimible e inalienable²⁶. Menos aún estamos tratando, todavía, de la propiedad económica²⁷. Ciertamente, el intercambio de productos no puede hacerse sin propietarios, pues la permuta supone, al menos, dos poseedores. Pero nada de eso sería posible si el hombre no formara, mediante la presencia mental, el círculo posesivo de “lo mío”, manifiesto en la operación de la conciencia, y expandido a otras operaciones

taria. Al ser persona, cada hombre se emancipa respecto de la especie “homo sapiens”, de manera que su cuerpo individual no está sometido a la especie, sino que las relaciones interindividuales nacidas de su corporalidad son elevadas de ser meras relaciones intra-específicas a ser relaciones libremente sociales o supra-específicas, es decir, entre seres libres que disponen de lo perteneciente a la especie, y no al revés. Cfr. L. POLO, *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XIII, Eunsa, Pamplona, 2015, 337.

²⁵ Es decir, no entramos directamente en la discusión Locke-Filmer (J. LOCKE, *Ensayo sobre el gobierno*; R. FILMER, *Patriarca*, trad. de C. Gutiérrez de Gamba, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966) sobre el origen del derecho de propiedad y del poder, sino que nos ocupamos de señalar el acto antropológico del que proceden tanto el derecho como el ejercicio social de la propiedad: la posesión cognoscitiva apropiadora. Tampoco entramos en discusión estricta con el marxismo. Nosotros nos referimos a aquello que incluso los que niegan el derecho a la propiedad privada y a su ejercicio tienen que suponer, pues no cabe propiedad privada ni común, o pública, sin la operación de la conciencia cognoscitiva. Para Marx y Engels, tanto la conciencia como la propiedad son productos sociales que proceden del trabajo y de su división (K. MARX, F. ENGELS, *La ideología alemana*, trad. esp. W. Roces, Pueblos Unidos-Grijalbo, Montevideo-Barcelona, 1968-1970, 19, 25-27). Pero eso es así *para* Marx y Engels, es decir, esas ideas son *suyas*, y no lo serían, si no estuvieran incluidas en el círculo de “lo suyo” propio de cada uno, círculo que procede de la operación mental llamada conciencia objetivante y de su hábito correspondiente, ejercidos por Marx y Engels. Ni el más sincero marxista negará que *El capital* es una obra *de* Marx, es decir, negará su pertenencia al pensamiento de Marx. Y de eso es de lo que hablamos ahora.

²⁶ La persona humana puede renunciar a la propiedad privada, pero ponerlo todo en común (*Hcb* 4, 32) no sólo implica que, de entrada, poseía privadamente, sino también que hacerlo es un modo de ejercer la propiedad personal: no se puede “poner” (libremente) sin poseer.

²⁷ Se puede distinguir la propiedad económica respecto de la propiedad jurídica, por cuanto que la primera es la posesión directa de bienes o servicios, mientras que la segunda es el reconocimiento socialmente formalizado de aquélla. Pero ambas se distinguen de la propiedad a que nos estamos refiriendo –la posesión objetiva– por el hecho de que esta última no implica rivalidad ni exclusión algunas, mientras que tanto la económica como la jurídica implican, respecto de todo otro propietario, o bien rivalidad, o bien exclusión, o ambas cosas. La propiedad objetiva de que hablamos no rivaliza ni excluye, porque nadie puede ni impedírmela ni quitármela, ni tampoco el que la tenga yo se la impide o quita a nadie. Incluso la “Policía del pensamiento” de Orwell, que intenta desposeer de pensamiento propio a la gente, a lo más que puede aspirar es a que uno haga *suyo* el ideal del Gran Hermano (G. ORWELL, 1984, trad. R. Vázquez Zamora, Destino, Barcelona, 1984, 318).

por el hábito de conciencia. Por tanto, lo que estamos señalando es un ingrediente necesario de cualquier actividad práctica humana, incluida la económica, sin que se identifique con ésta, puesto que es sólo un antecedente suyo.

No obstante, el hábito de conciencia –cuya concomitancia con todas las demás operaciones expande el ámbito de “lo mío” a todos los objetos de la mente– es un hábito *mudo*, esto es, un hábito que por sí solo no puede expresar *externa y corporalmente* la dualidad anímico-corporal de la esencia humana²⁸. Tal mudéz determina que, aun siendo el primero de los hábitos cognoscitivos adquiridos, no sea suficiente para manifestar de modo externo y comunicativo la índole dualizante (anímico-corporal) de la esencia humana. Esto último corresponde, más bien, al hábito (lingüístico) de la operación abstractiva articulante, que, al ser iluminado por el *logos* esencial²⁹, puede guiar a la razón práctica en el despliegue de la dualización productiva que vamos a considerar. En ella intervienen no sólo la inteligencia (abstrayente) y la imaginación, sino también la cogitativa, la voluntad, y las facultades locomotrices³⁰, por lo que es evidentemente compleja, a la vez que –como hemos dicho reiteradas veces– la manifestación *normal* de la esencia del hombre.

Quede así aclarado que la dualización productiva que vamos a estudiar no se corresponde con la *primera* dualización del hombre *operativamente* hablan-

²⁸ “Como la pura presencia no es ninguna articulación, el hábito correspondiente no puede ser lingüístico. Si sólo tuviéramos conciencia como acto y no abstracción articulante, no sabríamos hablar” (L. POLO, *Curso de teoría*, II, 215-216). “La idea de conciencia es un verbo mudo precisamente porque la operación de abstraer la circunferencia está impregnada por su objeto: se piensa que se piensa porque se piensa ese objeto” (L. POLO, *Antropología*, 505 nota 266). La conciencia sólo manifiesta internamente la conmensuración presencia-objeto (cfr. L. POLO, *Curso de teoría del conocimiento* IV, en *Obras Completas*, Serie A, vol. VII, Eunsa, Pamplona, 2019, 576 nota 40). Si el hábito de conciencia no fuera mudo, parece que no podría acompañar a todas las demás operaciones y a sus objetos sin interferir con ellos. A su vez, desde los hábitos superiores la conciencia puede alcanzar una manifestación externa indirecta: bien sea negativa, como ejercicio práctico de huida del espacio y del tiempo (budismo), bien sea positiva, como construcción demostrativa exacta (geometría), que es el modelo de toda demostración, etc.

²⁹ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, “*Logos y legein* en la teoría del conocimiento de Leonardo Polo”, en J. F. SELLES, M. I. ZORROZA (Eds.), *La teoría del conocimiento de Leonardo Polo*, Eunsa Pamplona, 2018, 113-117.

³⁰ De esto hemos tratado sucintamente en I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity (Part II: Essential Dualizations and Conclusions)”, en *Journal of Polian Studies*, 3 (2016), 39 y 48, y volveremos a tratar con un poco más de extensión en artículos posteriores. Para una exposición algo más completa, cfr. I. FALGUERAS SALINAS, “El producir como manifestación esencial del hombre”, en Á. L. GONZÁLEZ, M. I. ZORROZA (Eds.), *In Umbra Intelligentiae. Estudios en homenaje al Prof. Juan Cruz Cruz*, Eunsa, Pamplona, 2011, 247-251.

do, sino sólo con la *primera manifestación externa, entera y normal* de la esencia humana. Entiéndase, también, que si la llamamos “primera”, no es en el sentido de lo que es más alto o importante, sino de aquello que es primero porque es seguido por otros en una línea creciente.

b) *Ampliación de las precisiones acerca de la situación histórica del hombre*

Una primera descripción de la dualización productiva quedó esbozada, en un trabajo anterior, como “riqueza de proyectos con restricción corporal más limitación temporal”³¹. En dicha descripción el polo superior es la riqueza (ánimica) de proyectos, y el inferior son las restricciones (corporales) más la limitación temporal (muerte). Es a este polo inferior –por otro lado, individual³²– al que pretendemos caracterizar más pormenorizadamente.

Las restricciones a que aludimos son de dos modalidades, a saber: temporales y efectivas; y ambas tienen que ver con la necesaria acomodación de la actividad humana a las condiciones de los procesos mundanos entre los que tenemos que organizar nuestra morada terrena³³. Pero respecto a la primera modalidad –las restricciones temporales–, es necesario precisar que, en realidad, no existe “el tiempo”, sino muchos tipos de tiempo. Para lo que aquí necesitamos, basta con tener en cuenta, de momento, tres de ellos: (i) los tiempos fí-

³¹ I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity (Part II: Essential Dualizations and Conclusions)”, en *Journal of Polian Studies*, 3 (2016), 47. Cuando hablamos aquí de limitación temporal nos referimos a la habitación del hombre en el mundo, la cual –a resultas del pecado original– está limitada en su tiempo biológico-corporal (muerte orgánica), y en el alma por el límite mental (presencia objetiva), que es el que articula de modo complejo el tiempo histórico (pasado, presente, futuro). Ambas limitaciones afectan a la esencia del hombre, no a su ser (persona), y por eso pueden ser aprovechadas, como veremos. La consideración de los efectos del pecado original para entender al hombre histórico no es cuestión baladí, pues, como enseña BENEDICTO XVI (Encíclica *Caritas in Veritate*, Palabra, Madrid, 2009, nn. 34, 57-58), es un error olvidar la incidencia que tiene dicho pecado sobre el hombre y su actuar histórico.

³² La muerte es siempre individual; la especie no muere, estrictamente hablando, puede desaparecer, pero no descomponerse.

³³ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity (Part II: Essential Dualizations and Conclusions)”, en *Journal of Polian Studies*, 3 (2016), 41-44. Nótese que, para llevar a cabo su tarea natural de habitar el mundo, el hombre tiene que amoldarse (en parte) a él, para lo cual hace falta que esté corporalmente inacabado. En este sentido, el hombre incluso antes del pecado tenía que laborar (cfr. L. POLO, *La persona humana*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XIII, Eunsa, Pamplona, 2015, 112-113), pero sin la amenaza de la muerte y sin resistencia, ni externa ni interna.

sicos, o distensiones antes-después³⁴; (ii) los tiempos biológicos, o procesos tri-causales endógenos, dentro de los físicos; y (iii) el tiempo articulado o tiempo humano (objeto mental), que es el que, desde fuera del tiempo físico, nos permite dominar el mundo³⁵.

En relación con el tiempo humano, a las mencionadas restricciones temporal y efectiva propias del cuerpo, se añade una doble limitación que modifica la actividad humana durante esta vida, a saber: (i) la acotación definitiva del tiempo biológico disponible, y (ii) la inversión práctica del orden jerárquico de los proyectos humanos, ambas como consecuencia del pecado original. En atención a eso, es necesario introducir un cuarto tipo de tiempo: el tiempo biográfico-histórico, el cual deriva de la intersección, en el hombre, entre el tiempo biológico natural, ahora limitado por la muerte³⁶, y el tiempo articulado, con el que dominamos los procesos físicos, pero modificado por el *modo* de nuestra presencia mental³⁷. El resultado de la introducción de este cuarto modo de tiempo es la integración de las tres temporalidades señaladas en una sola, la humana, que suele ser pensada como “el” tiempo (pasado, presente, fu-

³⁴ Extramentalmente, el tiempo y el movimiento son equivalentes. Por eso, existen, entre otros, tantos tipos de tiempos físicos como de movimientos físicos. Unos son más básicos, otros más complejos, y otros supercomplejos, de manera que unos pueden servir al hombre para medir (relativamente) a los otros.

³⁵ Cfr. L. POLO, *Nietzsche*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVII, Eunsa, Pamplona, 2018, 193-202.

³⁶ La muerte del individuo es natural para los organismos vivos. Sólo el hombre, al ser creado a imagen de Dios, recibió un don preternatural por el que la inmortalidad de su alma se comunicaba al cuerpo, de manera que éste, siendo mortal —o sea, pudiendo morir—, no moría. Mas, cuando el pecado original le hizo perder los dones preternaturales, la posibilidad de morir se convirtió en una muerte necesaria (“morituridad”), cfr. SAN AGUSTÍN, *De peccatorum meritis et remissione* I, cc. 2-5, nn. 2-5, *Patrologiae Cursus Completus, Series I [Ecclesiae Latinae]* (PL), J.-P. Migne accurante, Paris, 1845, vol. 44, 109-112. Y como el hombre es capaz de prever su actual condición de “morituro” (que va a morir), la muerte representa ahora una limitación para su vida terrena en la forma de una amenaza constante de acabamiento.

³⁷ Tras el pecado original, el tiempo pensado incluye el límite mental, cuya característica es la de modificar la presencia mental humana en el sentido de que independiza *lo conocido* de todo referente, ocultando tanto su principio real como la operación cognoscitiva que lo origina. En concreto, el límite mental hace presentes los procesos físicos, pero articulándolos como objetos, es decir, dándoles un estatuto atemporal que excluye precisamente su idiosincrasia (temporal), amén de ocultar su dependencia respecto del ser del mundo. Resumiendo, el tiempo articulado es el abstracto u objeto. Y, cuando no se detecta ni abandona el límite mental, al objeto se le atribuye mentalmente la presencia. Por eso, cuando el objeto es devuelto a la realidad (concepto), la presencia queda co-objetivada como *el presente* o *la actualidad* (del objeto), y se la incluye en la representación lineal del tiempo, que es la forma usual de pensarlo (pasado, *presente*, futuro). Al articular el tiempo, el hombre puede conocer como futura la muerte, o sea, preverla, pero de modo abstracto y sin precisión.

turo). Siempre que, en este trabajo, hablemos sin más de “tiempo” nos estaremos refiriendo a dicho tiempo biográfico-histórico³⁸.

A continuación, vamos a insistir en ilustrar las dos limitaciones recién señaladas, completándolas con una tercera:

i) La acotación definitiva del tiempo históricamente disponible plantea el problema del sentido de la vida. Si no existiera la muerte, no existirían dudas sobre la inmortalidad del alma, ni los consiguientes agnosticismos, materialismos o ateísmos. Heidegger, que comprendió la gravedad del problema planteado por la muerte, intentó convertir su influjo en algo positivo, y le dio tanta importancia que llegó a considerar su posibilidad como aquella (posibilidad) que totaliza al hombre y nos abre el tiempo entero. Pues mientras es sólo posibilidad –mientras no se hace efectiva–, la muerte permite la existencia de las demás posibilidades³⁹, que su advenimiento suprimirá: la muerte resulta, así, la posibilidad de todas las posibilidades, y el hombre un ser *para la muerte*⁴⁰. En esa medida, piensa él que las posibilidades nos vienen dadas, o advienen, desde el futuro de la muerte, en cuanto que todavía no cumplido, es decir, en cuanto que simple y meramente posible⁴¹.

Pero si, como es el caso, las posibilidades histórico-temporales lo son merced a la libertad e inteligencia del hombre –en tanto que, desde la presencia mental, enlazan un antes, al que convierten en pasado, y un después, al que convierten en futuro–, entonces ellas no pueden provenir de una posibilidad final todavía no sobrevenida, cual es la muerte, puesto que ésta cierra el futuro, mientras que las primeras abren el horizonte del tiempo humano. ¿Cómo

³⁸ Con la denominación de “tiempo histórico” no pretendemos indicar ni un tiempo pasado, ni un segmento peculiar del tiempo (pre-historia/historia), ni tampoco la historia entera. Con ella únicamente queremos indicar la trama del tiempo tal como la acostumbramos a pensar los humanos (pasado-presente-futuro), pero que, en verdad, no es más que el tiempo *humano*, articulado por el pensamiento y trenzado con nuestras acciones en el mundo, un tiempo completamente distinto de los tiempos físicos reales. Este tiempo es afín al que Polo denomina “tiempo de la esencia humana” (cfr. L. POLO, *Nietzsche*, 199-200).

³⁹ M. HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, M. Niemeyer Verlag, Tübingen, 182001, 250-251, trad. Jorge Eduardo Rivera, Universitaria, Santiago de Chile, 1997, 270-271.

⁴⁰ M. HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, 251-252, trad. J. E. Rivera, 271-272.

⁴¹ Cfr. M. HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, 325 ss., trad. J. E. Rivera, 342 ss. Lo propio del hombre es adelantarse a la muerte futura y vivir soportando su posibilidad, y eso nos revela –según Heidegger– que el hombre es un ente venidero y, en ese sentido, histórico: volviendo desde la muerte *futura* hacia su ser *previo* de ente, llega el hombre a situarse en el *presente*. El hombre es, pues, para él, un ser temporal, y sólo la temporalidad manifiesta el sentido propio de su ser. Sin embargo, si el hombre fuera en verdad un ser solamente temporal, no podría entender el tiempo ni pretender averiguar cuál es su sentido.

podría proceder de una clausura final la apertura positiva del futuro? Con su planteamiento, Heidegger puede declarar falto de sentido al existir cotidiano, y convertir la temporalidad cerrada en el horizonte de la pregunta que busca el sentido de la existencia fuera de ella –en el ser–. Pero, aparte de no encontrar respuesta a tal pregunta, deja sin explicar la procedencia de las posibilidades factivas en su positividad⁴².

Al interpretar la muerte como posibilidad, Heidegger está intentando oponer a la posibilidad *meramente pensada* de los idealistas –Leibniz, Kant, Schelling, Hegel– una posibilidad tan real que no haya de ser sólo pensada, y eso es la muerte, puesto que, según él, no es posible pensar la muerte real *propia*⁴³. Y, a la vez, él quiere *comprender* la esencia más honda del existente (hombre), adelantándose vivencialmente a la muerte *real*. Ahora bien, ese adelanto no se puede ejecutar sin el pensamiento. Pero no parece coherente que uno pretenda adelantarse *con el pensamiento la experiencia* de lo que, según uno mismo, *no es pensable ni experienciable*. Eso no obstante, Heidegger, que no parece acusar la incongruencia⁴⁴, necesita pensar la muerte no sólo como una verdadera posibilidad, sino como la posibilidad más propia del hombre⁴⁵, pues su propuesta es que o se

⁴² Las posibilidades factivas proceden de la articulación del tiempo obtenida mediante la introducción mental del *presente*, que engarza el antes y el después físicos, formando con ellos una posibilidad, o sea, algo que *no es*, pero puede llegar a ser mediante nuestra acción práctica. *Pero el presente (la presencia) no forma parte del tiempo* (cfr. L. POLO, *Curso de teoría* II, 211), y, por eso, lo puede articular, creando, al hacerlo, posibilidades que, cuando interviene la voluntad, generan proyectos. Heidegger, aunque descentralizó el presente, no se dio cuenta de que éste no forma parte del tiempo real, pues su noción de tiempo lo incluye como un momento temporal junto al pasado y al futuro, y en referencia extático-horizontal mutua (cfr. M. HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, 365, trad. J. E. Rivera 380-381).

⁴³ M. HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, 237, trad. J. E. Rivera, 259: “Das Erreichen des Gänze des Daseins im Tode ist zugleich Verlust des Seins des Da. Der Übergang zum Nichtmehrdasein hebt das Dasein gerade aus der Möglichkeit, diesen Übergang zu erfahren und als erfahrener zu verstehen” (“Alcanzar la integridad del *Dasein* en la muerte es, al mismo tiempo, una pérdida del ser del Ahí. El paso a no-existir-más saca precisamente al *Dasein* fuera de la posibilidad de experimentar este mismo paso y de comprenderlo en tanto que experimentado”). Si la muerte real no cerrara todas las posibilidades, Heidegger no podría totalizar la temporalidad y entenderla como ek-stática.

⁴⁴ Pasa por encima de ella, porque la comprensión heideggeriana, al apelar al sentimiento –especialmente al de angustia– frente a la comprensión puramente conceptual de Hegel, cree estar ciñéndose a la finitud (real) del hombre. A diferencia de la infinitud del pensamiento puro, el sentimiento nos pondría ante la situación fáctica del hombre. Sin embargo, el sentimiento –incluido el de angustia– no puede guiar la búsqueda de la verdad (cfr. L. POLO, “Los sentimientos humanos”, en *Escritos menores (1991-2000)*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVI, Eunsa, Pamplona, 2018, 239-245). No es de extrañar, pues, que el proyecto filosófico de Heidegger terminara en el abandono de la filosofía.

⁴⁵ Cfr. M. HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, 250-251, trad. J. E. Rivera, 270-271.

acepta libre y resueltamente la muerte real, o no se comprende de modo auténtico la esencia del existente humano. Y para poder interpretar la muerte como la posibilidad de todas las posibilidades, Heidegger ha de igualar la muerte real con la pre-vivencia (pensada y, en esa medida, sentida) de la muerte.

A lo cual hemos de decir que la muerte real no es una posibilidad positiva⁴⁶. La muerte real es la disolución del cuerpo, es decir, algo tan puramente negativo, para el hombre, que anula *toda posibilidad suya*, pensada o real, en esta vida. Mientras estoy vivo, morir es sólo una posibilidad *para el pensamiento* –único capaz de adelantar el futuro–, o sea, es una posibilidad pensada, en cuanto que el pensamiento, al articular el antes y el después, es capaz de adelantar al ahora no la muerte real, sino la *amenaza* (pensada) de la muerte. Pero la muerte pensada no es la muerte real⁴⁷.

Es importante, en consecuencia, distinguir netamente entre la muerte real (desintegración del cuerpo), la muerte como limitación de tiempo (pensada), las restricciones corporales (condición de posibilidad de la acción⁴⁸), y la fuente positiva de las posibilidades del hacer humano (inteligencia-voluntad)⁴⁹.

⁴⁶ Para considerar la muerte real como una posibilidad positiva y prosequible es preciso igualar el *no ocurrir* todavía de la muerte con la *futuridad* de las posibilidades factivas. El no ocurrir todavía de la muerte es una pura posibilidad *negativa*, pues lo real no es no morir, sino seguir viviendo. En cambio, la futuridad de las posibilidades factivas es un no ser todavía en el mundo extramental, pero sí *positiva y prosequiblemente* en el pensamiento y la acción práctica. Por eso, la posibilidad de la muerte tiene un sentido diferente del que tienen las posibilidades factivas: la muerte es la posibilidad de la imposibilidad (cfr. M. HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, 250, trad. J. E. Rivera, 271), o de la clausura de toda acción, mientras que las posibilidades factivas son la apertura positiva de toda acción práctica humana.

⁴⁷ “La inminencia de la muerte no debe confundirse con la muerte; la vivencia de la muerte no es la muerte” (L. POLO, *Curso de teoría del conocimiento* III, en *Obras Completas*, Serie A, vol. VI, Eunsa, Pamplona, 2016, 356). La distinción entre la muerte real y la muerte adelantada por el pensamiento es muy importante, porque la muerte real no pertenece a la vida biológica, puesto que es su cese o acabamiento, mientras que la muerte anticipada por el pensamiento pertenece a la vida del espíritu y puede servir, entre otras cosas, para posponer la muerte real. Heidegger no desconoce la amenaza de la muerte, a la que hace frente lo que él llama el cuidado (*Sorge*), pero de ella sólo considera como significativo el sentimiento de angustia cual adelanto de la *nada*, que es la posible imposibilidad de su existencia, cfr. *Sein und Zeit*, 265-266, trad. J. E. Rivera, 284-285.

⁴⁸ Por ejemplo, la persiana es una condición de posibilidad de que entre el sol en una habitación: ella no causa la luz, pero permite o impide que entre. Una alteración contingente sería, v.gr.: que la persiana tuviera un agujero o trozo roto por cualquier razón (v.gr.: el uso humano). Esto último modificaría fácticamente la eficacia de la persiana, pero no necesariamente la eliminaría por completo, ni sería la razón de las posibilidades de la persiana (permitir/impedir), ni, menos aún, sería la causa de que penetre la luz en la habitación (sol).

⁴⁹ Incluimos la voluntad, porque las posibilidades de que hablamos son las del *hacer* (factivas), y el hacer remite directamente al acto de la voluntad, cuyo primer imperativo (por congruencia) es “haz” (cfr. L. POLO, *Antropología*, 422).

La muerte real no es una posibilidad positiva ni una condición de posibilidad, y menos aún la fuente de las posibilidades, sino la falta del cuerpo⁵⁰, que saca de la historia y del mundo al ser humano. La muerte pensada es para el hombre una posibilidad que limita sus otras posibilidades factivas o históricas. Las restricciones corporales son condiciones de posibilidad necesarias para la habitación del mundo por el hombre, pues sin amoldárselo a sí mismo no es posible ni entenderlo ni dominarlo verdadera y realmente, en su esencia⁵¹. Pero en ningún caso ni la muerte real, ni la muerte pensada, ni las restricciones corporales son el *prius* positivo del que proceden las posibilidades del hombre: ese *prius* lo es más bien la riqueza de su espíritu.

ii) Por otro lado, la muerte no afecta sólo al sentido de la vida en el plano teórico-espiritual del hombre planteándole problemas –en la medida en que la prevé en un futuro incierto–, sino también en el plano de su vida práctica⁵². La muerte no es, para el hombre, un mero suceso posible en el futuro, sino un factor amenazante en todo momento de su existencia, *al que ha de hacer frente en la práctica día a día y con urgencia*⁵³. De manera que sus proyectos

⁵⁰ “La muerte no es la nada, sino la falta de *este* hecho –el cuerpo–” (L. POLO, *Curso de teoría*, III, 351); “Puesto que ‘sin hecho no hay’, la muerte, la falta del cuerpo, es un castigo. El castigo consiste en el cese de la posesión de objeto. Cesar la posesión significa perderla” (*Curso de teoría*, III, 353).

⁵¹ Lo que decimos tiene cierto parecido con el aforismo de F. Bacon: “*natura enim non nisi parendo vincitur*” (“Pues no se vence a la naturaleza a no ser obediéndola”, F. BACON, *Novum organum sive indicia vera de interpretatione Naturae*, Clarendon, Oxonii, 1813, I, Aforismus III, 9). Sólo que en esta frase se evidencia un planteamiento hostil (*vincitur*) y una obediencia servil (*parendo*) a la naturaleza, que reflejan la actitud de la técnica moderna, a la cual se somete la ciencia empírica. Tal planteamiento conflictivo, que no existía en el pensamiento antiguo y medieval, contiene un afán de emancipación por parte del saber científico-técnico respecto de la filosofía. Nosotros proponemos que el plegarse donalmente, por parte del hombre, a la esencia del mundo había de ejercerse incluso antes del pecado, pero de suyo estaba –y está– exento de la tensión implícita en el afán de emancipación.

⁵² Aunque la reducimos al periodo de prueba, que es esta vida, suscribimos la distinción clásica, que no implica una oposición excluyente, entre la teoría y la práctica, siguiendo a L. POLO, *Curso de teoría*, II, 61-64. Pero “pararse a pensar” (teoría) no implica que el pensar no pueda dirigir el obrar, sino sólo que el pensar *en sentido fuerte* es más poderoso y superior al pensamiento pragmático.

⁵³ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity (Part II: Essential Dualizations and Conclusions)”, en *Journal of Polian Studies*, 3 (2016), 47 y 50. El término “urgencia” ha de ser entendido en sentido amplio, pues con él queremos indicar una necesidad apremiante que, si no siempre ha de ser *atendida* de modo absolutamente inmediato, sí ha de serlo de modo constante y sin posposición excesiva, pues tiene como medida el tiempo biológico, el cual puede dar de sí –dosificándose o controlando, así, la urgencia para que vaya de más a menos–, pero siempre con un límite constante.

ya no se ordenarán según criterios *puramente* éticos ni racionales, sino que éstos habrán de ser supeditados al criterio de lo más urgente: el de la supervivencia⁵⁴. Por supuesto que la supervivencia, al convertirse en tarea humana obligatoria, se cargará ella misma de peso ético, pero así el carácter *donal* o sobrante del perfeccionamiento del mundo, implícito en la dualización cohabitadora (esencia del hombre-esencia del mundo), quedará enturbiado por la necesidad perentoria del subsistir⁵⁵. La muerte no sólo hace acuciante el problema del *sentido* de la vida, sino que obliga a invertir el sentido de la actividad productiva humana, anteponiendo en el tiempo lo necesario y urgente a lo donal, por lo que, de ser una actividad perfeccionadora del mundo y de sí mismo, puede quedar reducida a ser una problemática y egoizante⁵⁶ tarea de supervivencia, para alejar la muerte propia sin más.

iii) A esta doble repercusión de la muerte sobre el hombre le acompaña otro inconveniente que hace aún más incisivas las restricciones corporales –y que es apropiado mencionar ahora, cuando nos estamos acercando a las bases próximas de la actividad económica–, a saber: la *resistencia* que encuentra el hombre para su habitación en el mundo⁵⁷. El mundo no es para el hombre un lugar de fácil habitación, pues nace en él como un extraño: la pérdida de los

⁵⁴ Cfr. A. MILLÁN-PUELLES, *Economía y libertad*, Confederación española de Cajas de Ahorro, Madrid, 1974, 108. Nótese que aquí se usa el término “racional” en sentido filosófico, el cual no excluye el sentido económico, pero no se corresponde exactamente con él.

⁵⁵ El problema que señalamos puede verse reflejado en Derrida (J. DERRIDA, “Donner la mort”, J.-M. RABATÉ, M. WETZEL (Eds.), *L'Éthique du don. Jacques Derrida et la pensée du don*, Métailié-Transition, Paris, 1992, 11-108), a quien le parece imposible mantener la gratuidad del dar en el hombre por razón de la eticidad: las relaciones entre Dios y la criatura no pueden ser gratuitas, porque la criatura no sólo *se debe éticamente* a Dios, sino que ha de conseguir *merecidamente* de él la salvación, siendo así que las relaciones de justicia –y, por supuesto, las económicas– no son donales. Derrida piensa, con Nietzsche, que la misericordia de Dios anularía la responsabilidad ética del hombre. No ha llegado a entender que Cristo no anula lo ético, sino que lo cumple precisamente desde la donalidad divina, pero sólo cuando es ésta aceptada por el hombre. Dios nos ofrece la salvación no por justicia, sino por misericordia, pero después de ofrecernos la salvación por misericordia tiene en cuenta la justicia, la cual quedará cumplida al exigirnos que nosotros seamos, a nuestra vez, misericordiosos.

⁵⁶ Por causa de la muerte, el hombre tiene que preocuparse de sí mismo en lo más bajo de su condición y, por cierto, antes que de otra cosa. No decimos que tal preocupación sea necesaria y directamente egoísta, sino que inclina al egoísmo o, como diría san Agustín, al *amor sui* (cfr. SAN AGUSTÍN, *Sermo 96*, c. 2, n. 2, PL 38, 585-586; *Sermo 330*, n. 3, PL 38, 1457).

⁵⁷ *Gn 3*, 17-19: “... maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo. Comerás el pan con el sudor de tu frente...” (trad. oficial de la Conferencia episcopal española [CEE], *Sagrada Biblia*, BAC, Madrid, 2010, 16).

hábitos preternaturales, con que estaba dotado Adán, dejó a la intemperie la inespecificación de nuestra dotación orgánica. Nuestro cuerpo carece de la especialización y de los instintos suficientes para sobrevivir⁵⁸, precisamente porque nuestra libertad e inteligencia se han de desarrollar (y mantener al hombre) por sí mismas, sin predeterminaciones instintivas. Pero esa misma inadaptación, que, por un lado, manifiesta corporalmente la superioridad espiritual del hombre, se ha vuelto en su contra, por otro, al perder los mencionados hábitos preternaturales. Ahora no sólo tenemos que empezar por aprender a dominar el mundo, sino que vemos dificultada continuamente por él nuestra vida, siéndonos necesario desarrollar una actividad más esforzada y mantenida para sobrevivir y habitarlo dignamente, y sin que el éxito esté garantizado. A tal resistencia, que cabe considerar como exterior, se le añade la resistencia interior que opone nuestro cuerpo al imperio del alma⁵⁹: pasiones, cansancio, olvidos, distracciones, enfermedades, dolor...⁶⁰ Todo lo cual se traduce en el requerimiento de un *sobreesfuerzo* que persista incluso en los apuros y reveses, para poder realizar la susodicha tarea de habitación temporal mundana⁶¹.

En resumen, la situación transitoria del hombre en el mundo, que inicialmente era muy satisfactoria, se ha vuelto insatisfactoria. La suma de la

⁵⁸ “La no especialización física del hombre, su mediocridad orgánica, así como la asombrosa falta de auténticos instintos, forman entre sí un conjunto, con respecto al cual la ‘apertura al mundo’ (M. Scheler) o, lo que es lo mismo, la carencia de medio ambiente sería su expresión conceptual” (A. GEHLEN, *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*, trad. F.-C. Vevia Romero, Sígueme, Salamanca 1980, 40).

⁵⁹ Cfr. SAN AGUSTÍN, *De Civitate Dei*, XIII, c. 13, PL 41, 386; y XIV, c. 25, PL 41, 433. En estos textos san Agustín se refiere a la desobediencia del cuerpo derivada de la concupiscencia, que da lugar a la lucha interior descrita por san Pablo (*Gal 5, 17*); pero al pecado original han de referirse también la ignorancia y las dificultades que nos torturan como penas impuestas por culpa de dicho pecado (*De libero arbitrio* III, cc. 18 ss., nn. 52 ss., PL 32, 1296 ss.).

⁶⁰ “Y de igual modo, el fin de las demás adversidades no se dará en la tierra, porque los males consiguientes al pecado son ásperos, duros y difíciles de soportar y es preciso que acompañen al hombre hasta el último instante de su vida..., no habrá fuerza ni ingenio capaz de desterrar por completo estas incomodidades de la sociedad humana” (LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, en F. RODRÍGUEZ (Ed.), *Doctrina Pontificia, Documentos sociales*, BAC, Madrid, 1964, n. 13, 263).

⁶¹ La modificación de la índole y sentido de la laboriosidad humana –que se convierte en “trabajaosa”– es tan relevante que ciertos economistas incluyen la minimización del esfuerzo en el objetivo central de la Economía. Por ejemplo, Senior, en la primera proposición que fundamenta su concepción de la ciencia económica, sostiene que todo el mundo desea obtener más riqueza con el *menor sacrificio posible* (N. W. SENIOR, *An Outline of the Science of Political Economy*, Augustus M. Kelley, New York, 1836, reimpresión 1965, 26). Asimismo, Jevons entiende el problema de la Economía como el de satisfacer la mayor cantidad de deseos con el *menor esfuerzo* (W. S. JEVONS, *The Theory of Political Economy*, Kelley & Millman Inc., New York, 1957, 37).

amenaza constante de la muerte, de la resistencia externa del mundo, y de la resistencia interior a nuestro dominio da un balance negativo: hemos de buscar el sentido de nuestra vida, pero ocupándonos primera y principalmente de subsistir, y superando resistencias que nos obligan a emplear un sobreesfuerzo para conseguir esto último. Dicho balance puede dar ocasión a un pesimismo antropológico que atribuya esta situación bien sea a un antecedente o pasado inalterables (magia o mito), bien sea a un decaimiento de la naturaleza humana insuperable en esta vida (Lutero).

Sin embargo, conviene recordar que todo eso sobreviene a la esencia humana como una *alteración* que no elimina, sólo trastorna, su riqueza original. Debe tenerse muy claro que la alteración de la esencia del hombre a que nos referimos no es una incapacitación o corrupción de su naturaleza. Las restricciones, la limitación, y los inconvenientes señalados no eliminan la creatividad del espíritu humano ni reducen necesariamente su actividad a la mera autoconservación⁶², más bien se le ofrecen como desafíos que dificultan su vida, pero que son convertibles en oportunidades aprovechables por él para ir a más⁶³. Nótese que simplemente con detectar una limitación –que es la dificultad más poderosa–, *eo ipso* ella ya ha sido rebasada por la mente, pues sólo se puede saber que algo es límite si se ha llegado a ver que el camino continúa, o sea, si se sabe que sería posible ir más allá, pero el límite lo impide⁶⁴. Este sobrar cognoscitivo respecto de cualquier limitación nos faculta para poder aprovecharla sacándole partido⁶⁵. Bien sabido, con todo, que el sobrar de que hablamos es siempre relativo a la situación problemática que hemos descrito, por lo que se ha de emplear en mejorar las condiciones de la vida humana en el mundo, pudiendo o bien quedarse en sólo eso, o bien, una vez conseguida cierta mejora, ir más allá para dar sentido completo a la existencia.

⁶² Es lo que piensa T. Hobbes, para quien el fin último del hombre es su propia conservación (TH. HOBBS, *Leviatán*, Trad. C. Moya y A. Escotado, Editora Nacional, Madrid, 1979, c. XIII, 223). Algo parecido pensaba Espinosa (B. SPINOZA, *Ethica* IV, Prop. XX, *Spinoza Opera*, C. Gebhardt, C. Winters Universitätsbuchandlung, Heidelberg [CG], ³1972, vol. II, 224-225), quien ponía la autoconservación en el mismo Dios (*causa sui*), cfr. *Ethica* I, Def. 1, CG II, 45.

⁶³ Cfr. L. POLO, *Quién es el hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. X, Eunsa, Pamplona, 2016, 64 y 77.

⁶⁴ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, *Hombre y Destino*, Eunsa, Pamplona, 1998, 55 ss. y 114 ss.

⁶⁵ Como intentaremos mostrar en escritos posteriores, la actividad económica es, entre otras, una actividad que puede aumentar la libertad esencial del hombre. Pero lo que la caracteriza es que la puede aumentar sólo respecto de la esclavitud de tener que ocuparse urgente y continuamente del subsistir –aunque sin llegar nunca a eliminar esa ocupación–. Según hemos visto, tal esclavitud viene inducida por la constancia de la amenaza de la muerte.

En esta línea se sitúa una concepción de la Economía⁶⁶ que le atribuiría como tarea ocuparse de conseguir *el bienestar*, entendido –quizás– éste como el término de una tendencia natural humana⁶⁷. El bienestar, en cuanto tal, puede ser descrito como aquella situación biográfico-histórica en la que se tienen los bienes necesarios para *vivir bien* y con tranquilidad⁶⁸. Más que una tendencia natural, por tanto, es un deseo razonable, dados el estado precario del hombre antes descrito y su capacidad para sacarle partido. Aunque dicho deseo puede dar lugar a que se busque con mayor intensidad y apremio el bienestar que el bien hacer, lo cierto es que el bienestar real requiere más ingredientes que la mera abundancia material de bienes, pero menos que el cumplimiento de la tarea humana de la habitación en el mundo⁶⁹. Sin duda, cierta holgura en los

⁶⁶ Como señala I. Kirzner, para algunos economistas, el fin de la Economía es la consecución del bienestar material (I. M. KIRZNER, *The Economic Point of View*, Sheed and Ward Inc., Kansas City, 1976, 43-49). Es el caso de E. Cannan (E. CANNAN, *Wealth. A Brief Explanation of the Causes of Economic Welfare*, P. S. King & Son, London, 1922, 3), y A. Pigou (A. C. PIGOU, *The Economics of Welfare*, Macmillan, London, 1932, 13-14). Para Millán-Puelles, el bienestar es el fin remoto o indirecto de la actividad económica, pero compartido con todos los demás quehaceres directivos, porque ella sola no basta para alcanzarlo (A. MILLÁN-PUELLES, *Economía*, 108-109).

⁶⁷ Sin negar que la economía –de la que todavía no nos ocupamos directamente– tenga repercusión en el bienestar, nosotros sólo adelantamos que, tal y como reconoce Little, las nociones de bienestar o bienestar económico no tienen un significado claro (I. M. D. LITTLE, *A Critique of Welfare Economics*, Oxford U. Press, Londres, 1957, 2). Además, presentan, como mínimo, problemas semejantes a los que Robbins encontraba en la noción de “satisfacción” para caracterizar a la actividad económica (cfr. S. HOWSON, “The Origins of Lionel Robbins’s *Essay on the Nature & Significance of Economic Science*”, en *History of Political Economy*, 36(3) (2004), 413-442, en especial 424 nota 19). Finalmente, como aclara Millán-Puelles (A. MILLÁN-PUELLES, *Economía*, 37-51, especialmente 47), la tendencia al bienestar –para nosotros mejor: el deseo– es una tendencia abstracta e indeterminada, lo que implica que no es lo suficientemente precisa tampoco en la práctica. Por estos motivos, entendemos que la noción de bienestar no puede explicar el sentido completo de la actividad económica.

⁶⁸ Incluimos la tranquilidad, a sugerencia del DLE, voz “bienestar”, 2ª acepción), como componente del bienestar, en el sentido de que éste requiere tener cierto control sobre la amenaza de la muerte, así como sobre el esfuerzo a emplear en los problemas de subsistencia.

⁶⁹ Respecto del bienestar, los pensamientos de A. Millán-Puelles y L. Polo parecen algo discrepantes, aunque a nuestro juicio no en lo substancial. Millán-Puelles indica que el bienestar real no se consigue sólo con la acumulación de bienes económicos (materiales); Polo, en cambio, parece reducir el bienestar exclusivamente al bienestar material (cfr. nota 292). Para intentar compaginar ambos pareceres, nosotros podríamos distinguir entre lo que llama Polo el bienestar material y otro bienestar, que llamaríamos “íntegro”, que es al que apunta Millán-Puelles, pero sin confundir en ningún caso el bienestar con la felicidad, pues la felicidad no es algo que se pueda encontrar en esta vida, sino el premio que se nos dará en la futura. Pues bien, traducido a nuestro planteamiento, el bienestar material podría ser referido a la tarea de subsistir, y el bienestar íntegro a la tarea de co-habitar el mundo. Y así, el bienestar íntegro puede ser entendido como lo que Polo llama “vida buena”, que se distingue de la “buena vida”. La “buena vida” puede corresponderse con quedarse en el bienestar material, la “vida buena” con alcanzar el bienestar íntegro.

bienes materiales es una condición *sine qua non* de dicha tarea⁷⁰, mas no es el objetivo superior de la misma, sino más bien un componente que la favorece y facilita, pero que, si falta, la hace imposible⁷¹. Por consiguiente, lo que es llamado bienestar por algunos economistas puede equivaler a lo que nosotros consideramos como la obtención de una cierta mejora básica que nos permita la realización de nuestra tarea en el mundo, y cuya consecución constituye un problema que puede ser englobado dentro de los ya señalados antes.

De todo lo explicado se desprende que, en la situación histórica del hombre, la dualización productiva normal ha de contar, a la vez, con factores negativos o limitantes junto con factores positivos o superadores. Aunque los factores negativos afectan a los dos polos de la dualización esencial (alma-cuerpo), su manifestación normal en el tiempo empieza por el polo inferior en la forma de una amenaza constante de la muerte⁷². La gravedad de esta amenaza influye en el otro polo, obligándolo a ocuparse de modo prioritario en resolver los problemas de subsistencia, lo que determinará que el primer ob-

⁷⁰ Según Polo, el bienestar, la satisfacción material, o la “buena vida” no son el objetivo superior de la existencia terrena del hombre, sino sólo una *condición sine qua non* para la “vida buena”, pues el bienestar nunca mira más allá de los medios, por tener que ver con el problema de la suficiencia material del vivir humano (cfr. L. POLO, *La persona humana*, 112-114).

⁷¹ Sostener que existe una tendencia al bienestar –o un deseo de bienestar– supone reconocer que se está situado en el mundo con cierto malestar previo. Nosotros admitimos, de entrada, que las nociones de bienestar y de malestar no son objetivamente precisas, pero eso no las priva de sentido antropológico, que es lo que estudiamos aquí. Y precisamente porque el hombre es un ser cuya esencia es creciente, esas nociones admiten grados biográfico-históricamente variables, pero *dentro de unos márgenes*. Tener cierto bienestar es necesario para llevar a cabo *bien* la tarea destinal; mas, si uno busca *sólo* el bienestar, no se lleva a cabo *bien* la tarea destinal. El acento de lo que decimos ha de ser puesto en el adverbio “bien”: desempeñar *bien* la tarea destinal requiere más que el mero sobrevivir y más que la mera abundancia de bienes materiales, pero sin los suficientes bienes materiales no es posible cumplir *bien* dicha tarea de modo externo, entero y normal. Incluso a los enfermos les es necesaria una mayor cantidad de bienes para poder sobrevivir, más aún para vivir bien. Cierta bienestar, por tanto, es una *conditio sine qua non*, pero no una condición *suficiente* para una vida buena.

⁷² Es la constante amenaza (conocida) de la muerte (real) lo que determina (mediatamente) la escasez de tiempo. La muerte real es sólo una descomposición que no pertenece a la vida biológica, como hemos señalado en la nota 269. En cambio, su amenaza (conocida), que puede ser directa o indirecta (cfr. nota 322), nos adelanta a su acontecimiento, y nos permite evitarla. El impacto de urgencia que tal amenaza produce, y de que hablamos más adelante, deriva de la captación conjunta de la amenaza de morir y de la posibilidad de evitarlo, lo cual lleva consigo un requerimiento para hacer proyectos que atiendan al buen funcionamiento del cuerpo, pero *según la temporalidad biológica del propio cuerpo* –como es obvio, si no se atiende a lo que necesita para funcionar correctamente, y *al ritmo que su biología impone*, el cuerpo deja de funcionar bien e, incluso, muere–. Dicha urgencia y requerimiento introducen, como veremos, una competencia entre proyectos que es la que hace escaso el tiempo.

jetivo temático de la dualización productiva normal sea –como vamos a ver a continuación– afrontar la escasez (de tiempo). También nosotros empezaremos (metódicamente) por ampliar el estudio de la referida dualización desde el cabo de la noción de escasez.

3. AMPLIACIÓN EN DETALLE DE LA DUALIZACIÓN PRODUCTIVA NORMAL DESDE LA CONSIDERACIÓN PERSONAL-INDIVIDUAL DE SU POLO INFERIOR

Antes de entrar en el asunto, y por razón de claridad, conviene advertir que, en la ampliación del examen que nos proponemos hacer de la mencionada dualización, vamos a empezar por considerar sólo su primera fase, la *personal individual*. Más tarde, en la tercera parte (tercer artículo) de este mismo tramo investigador, pondremos nuestra atención en la segunda fase, la *personal social*⁷³. Hablamos de “fases”, porque la dualización productiva normal, como manifestación externa de la persona *en el mundo*, se ha de *distender* en el tiempo físico sin perder su unidad operativa⁷⁴. Como cualquier dualización, ésta desdobra internamente su actividad desde un polo, al que corresponde la iniciativa, hacia otro polo sobre el que recae (la actividad) para asociarlo a ella. Entre dichos polos existe una distinción jerárquica junto con una simultaneidad operativa. *Sin anular tal distinción jerárquica*, la dualización productiva normal añade una diferencia temporal, pero de manera que ambas modalidades de ordenación se trenzan entre sí, dando lugar a *fases* que se distienden según el antes-después temporal, y en las que se mantiene la unidad de la dualización. En cada fase, la dualización conserva su orden jerárquico, pero la asociación activa de los polos *empieza* a existir y a ser notada *en el polo inferior*, que es sobre el que va ejerciendo su actividad el superior, lo cual se manifiesta en la forma de una tensión operativa que *crece*, pero que –como decimos– se deja ver, en un primer momento, a través del polo inferior.

En concreto, la dualización productiva normal se despliega inicialmente en dos grandes fases, la personal-individual y la personal-social. A ambas les es

⁷³ Tal como hemos avanzado en la nota 246, la distinción individuo-especie, propia de los animales, es elevada en el hombre a la condición de distinción entre personas, las cuales —por irrestrictas y comunicativas— se manifestarán *corporalmente* como individuales y sociales, a la vez. Paralelamente, en cada hombre cabe *considerar* por separado lo personal-individual y lo personal-social, aunque ambos se integren en la unidad (dualizante) de la actividad manifestativa de la persona.

⁷⁴ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity (Part II: Essential Dualizations and Conclusions)”, en *Journal of Polian Studies*, 3 (2016), 41-43.

común el ser “personal”, porque la actividad en el ser humano, aunque sea comunicada mediante la función del alma, tiene su fuente última en cada persona. Y como en el despliegue de la dualización mencionada ha de intervenir junto al alma también el cuerpo humano –y por cierto de forma conjunta y armónica–, la actividad personal-anímica se ha de comunicar, desde su prioridad, al cuerpo. Así pues, la iniciativa en el despliegue de esta dualización corresponde a lo personal-individual, y, por tanto, también a lo que hemos llamado la primera fase⁷⁵. Sólo después, pero en la forma de incremento o crecimiento, vendrá la segunda fase, la de lo personal-social⁷⁶.

Sirva lo anterior para justificar por qué este artículo y el próximo procederán a estudiar la dualización productiva normal desde el examen de lo personal-individual, como primera fase para la ulterior consideración de lo personal-social, la cual nos llevará hasta las puertas del tema último al que apunta nuestra investigación, la actividad económica. Las propuestas que siguen se restringirán, por consiguiente, a lo personal-individual de la dualización productiva, pero enfocado –por ahora– únicamente, como ya hemos advertido, desde lo que para el polo inferior de ésta es temáticamente decisivo, y que consistirá en la limitación temporal o escasez de tiempo⁷⁷.

⁷⁵ Como la persona es simultáneamente *irreductible* y *comunicativa*, al asociar consigo al cuerpo, su actividad se manifiesta en él reforzando, respectivamente, tanto lo individual como lo social del mismo, pero guardando el orden (jerárquico-temporal) que corresponde a cada uno dentro de la dualización de que hablamos. En virtud de la prioridad activa que le corresponde a la persona en cuanto que irreductible, lo individual de cada hombre tiene cierta precedencia sobre lo social o comunicativo en él, a saber, una precedencia de iniciativa. Pero sólo tiene “cierta” precedencia, porque lo social no queda aislado de ella, antes bien, cuando es asociado a esa iniciativa, le da cumplimiento, aunque en un momento posterior.

⁷⁶ Según vamos diciendo, lo social es un momento intrínseco de la dualización productiva normal como actividad manifestativa de la persona. Visto desde la persona –y aunque saber sólo sepa cada uno (irreductiblemente)–, sin la comunicación con otras personas el saber carecería de sentido, pues una persona sola no puede desenvolverse como tal, dado que su actividad es dar o comunicarse. Y tampoco el cerebro humano (individual) se desarrolla adecuadamente, si –como acontece en los niños selváticos–, no se despliegan sus potencialidades en el *debido momento temporal* y en comunicación afectiva e intelectual con otras personas: no es que estos niños carezcan de alma ni de persona, sino que su cerebro no ha sido adaptado a tiempo, mediante la comunicación con otras personas, para las iniciativas propiamente personales. La temporalidad se integra, por tanto, en la dualización productiva hasta el punto de condicionar su despliegue normal, pero siempre de modo subordinado al orden jerárquico marcado por la iniciativa de lo personal-individual, que es lo que ahora vamos a examinar.

⁷⁷ El polo inferior de la dualización esencial, como se sabe, es el cuerpo, y éste se caracteriza por la escasez de tiempo, inducida por la amenaza constante de la muerte, como ya hemos adelantado. Por razón de esa amenaza, la dualización productiva normal ha de ocuparse, ante todo, de atender a lo que, para la habitación del mundo, será –como veremos– mínimo e inaplazable, y,

a) *La noción de escasez*

Antes de continuar parece debido justificar y explicar la conveniencia de la aplicación del término “escasez” a la limitación temporal más arriba señalada. Con la palabra “escasez” se suele asociar, la mayoría de las veces, un sentido negativo –y, en ocasiones, peyorativo– de una situación o de una conducta humanas. El uso del lenguaje ha llevado de ordinario a destacar el aspecto de cortedad (o falta) que connota el término. Pero nótese que ésa no es la única connotación contenida en la noción de escasez *en su sentido antropológico*. Aunque no se diga de manera explícita, *la existencia de escasez exige una concomitante sobra, o aspecto positivo*. Lo exponemos a continuación.

Tal como se puede ver, por ejemplo, en el *Diccionario de la Real Academia* (en adelante DLE), bajo la voz “escasez” se encierran tres significados distintos⁷⁸. Empezando por su última acepción, ya en desuso, esa voz significaba la “cortedad o mezquindad con que *se hace* algo”⁷⁹. Pero lo cierto es que la cortedad indicada no impide el hacerlo, no anula, por tanto, la realización de la actividad, ni impide la consecución del objetivo, tan sólo sugiere que éste es alcanzado sin sobra ni generosidad, cosas estas últimas que se estiman posibles y convenientes. En cuanto a su primer significado, la voz indica “*poquedad, mengua de algo*”⁸⁰, pero “poco” es algo, no nada; ciertamente, lo poco *quizás* no llegue para todo, o, si llega, lo hace sin exceso, de manera que habrá de ser administrado a fin de que su poquedad *dé de sí* y llegue, al menos, para lo indispensable. Y, además, siempre según el DLE, esa voz significa también “pobreza o falta de lo necesario para subsistir. *Vivir con escasez*”⁸¹. Este otro sentido

en ese sentido, *primero*: el subsistir. Y la tarea de la subsistencia introduce una competición en la ejecución de los proyectos, de la que procede la escasez de tiempo. Lo primero, pues, a considerar ahora temáticamente es la escasez, aunque esa consideración ha de ser enfocada, metódicamente, desde lo personal-individual, por la primacía de iniciativa que a éste le corresponde.

⁷⁸ Las definiciones de la voz “escasez” son las siguientes: “1. f. Poquedad o mengua de algo. *Escasez de trigo, de agua*. 2. f. Pobreza o falta de lo necesario para subsistir. *Vivir con escasez*. 3. f. desus. Cortedad, mezquindad con que se hace algo” (*Diccionario de la Real Academia*, Real Academia Española de la Lengua, 23ª edición, Edición del Centenario, Madrid, Actualización 2018, versión electrónica 23.2.).

⁷⁹ Ésta es la escasez por parte de la acción del hombre, y deriva de la comparación entre lo que puede hacer y lo que hace. Naturalmente, que esté en desuso no implica que su uso fuera inadecuado.

⁸⁰ Se trata de la escasez por parte de la cosa, y deriva de la comparación con otra cosa o situación, pero siempre en referencia a una pretensión humana.

⁸¹ Es la escasez resultante de comparar una concreta situación de poquedad efectiva en las cosas (bien por falta de éstas, o bien por defecto de la acción humana) con la necesidad de sobrevivir del hombre.

del término contiene una paradoja, como se deja ver en la expresión suministrada (en cursiva) a título de ejemplo: si faltara por completo lo necesario, no se podría vivir, por lo que no resulta compatible “vivir con escasez” y “faltar *lo necesario*”. Ciertamente, la pobreza es vivir con escasez, pero no es vivir sin lo *imprescindiblemente* necesario⁸², a eso es más adecuado llamarlo “miseria”⁸³. Lo explicamos.

Aparte de que no tiene sentido lógico decir, a secas, que se puede “vivir sin lo necesario”, pues en tal caso lo necesario no sería tal, tampoco tiene sentido práctico esa afirmación, porque para vivir hace falta por lo menos cubrir las necesidades biológicas⁸⁴. Naturalmente, de ordinario la muerte va llegando según el tiempo, es decir, no de una vez, de modo que la falta de lo necesario no mata de golpe, sino en poco tiempo, y así el que vive sin cubrir sus necesidades biológicas tardará algún tiempo en morir, pero en no mucho tiempo dejará de vivir. Por eso, sería contradictoria la afirmación “vivir (toda una vida) sin lo necesario”; en cambio, es perfectamente posible vivir toda una vida con escasez, en el sentido recogido por el DLE, o sea, pobremente.

Glosando esas distintas acepciones, cabe afirmar, pues, que la escasez en el sentido de “mezquindad en el hacer” contiene alguna dimensión positiva: “se hace”; y hacer es acción. También la indicación de “poquedad” implica que existe algo positivo –poco es algo, no nada–, aunque por comparación resulte menor que lo deseado; e, igualmente, su sinónimo “mengua de algo” supone que *había más* y queda un resto, el cual es requerido para que pueda ser considerado como escaso. Y, finalmente, “vivir con escasez” es seguir viviendo y tener posibilidades de más. Salvo la mencionada imposibilidad de vivir toda una vida sin lo imprescindiblemente necesario, los sentidos reseñados coinciden, por consiguiente, en que la escasez no impide la *realización de actividades*, la

⁸² La noción de “lo necesario” no es una noción precisable al detalle, debido a que la libertad le permite al hombre concretar y satisfacer de distintas maneras sus necesidades, que no están unívocamente predeterminadas, e incluso varían y aumentan en el curso de la historia (cfr. A. MILLÁN-PUELLES, *Economía*, 17 ss.).

⁸³ El vocablo “miseria” significa precisamente *estrechez o pobreza extrema* (cfr. DLE, voz “miseria”, primera acepción), siendo así que “estrechez” significa *falta de lo necesario para subsistir* (DLE, voz “estrechez”, séptima acepción). Por tanto, en la situación de miseria no se puede vivir prolongadamente, mientras que en la de pobreza, sí. De la situación de miseria el afectado no puede salir por sí mismo; de la de pobreza, sí.

⁸⁴ En este sentido, Falgueras Sorauren ha propuesto establecer como fin *mínimo* para la actividad económica el cubrir las necesidades *biológicas* I. FALGUERAS SORAUREN, “El fin mínimo de la actividad económica”, en F. F. MUÑOZ PÉREZ, R. RUBIO DE URQUÍA, E. M. UREÑA (Eds.), *Estudios de teoría económica y antropología*, Unión Editorial, Madrid, 2005, 684-685).

consecución de ciertos fines, ni tampoco *el vivir*, sólo los limita de manera que *amenaza* su plena realización.

Según lo anterior, para poder decir de algo que es escaso se han de reunir dos condiciones: una negativa (cortedad, poquedad, falta de algo), otra positiva (acción, dar de sí, vida); ambas han de ser compatibles entre sí, pero la primera ha de ser relativa-a y precedida-por la segunda⁸⁵. Ahora bien, para que la condición negativa –que es indicada en directo por la noción de escasez– no sea excluyente de la positiva –contenida sólo implícitamente en ella–, una y otra han de estar ligadas entre sí, y no como contradictorias, pues así se anularían mutuamente, sino como dualizadas polarmente. Veámoslo.

Una dualización es, como hemos explicado varias veces, una actividad que se despliega en dos polos, uno superior y otro inferior, pero siempre en la forma de una vinculación o conexión interna que los une⁸⁶. Por eso, la dualización implica distinción, pero *no oposición excluyente*, puesto que la acción de los dos polos proviene de una sola actividad y contribuye a un resultado común. Recordemos brevemente lo necesario para entender su aplicación aquí. Toda negación es segunda y relativa a algo positivo: no cabe una negación que no lo sea de algún objeto (pensado) o de alguna afirmación. Incluso en la lógica formal, la negación es el operador monádico que ha de recaer directa y exclusivamente sobre una proposición, o una parte de ella, que tenga referentes positivos, pues la doble negación se autoelimina⁸⁷. De modo semejante, la

⁸⁵ También Millán-Puelles sostiene más o menos lo mismo, pero refiriéndose en concreto a la escasez estrictamente económica (A. MILLÁN-PUELLES, *Economía*, 130). Sin embargo, conviene no olvidar que nosotros nos movemos todavía en un terreno previo al de la actividad económica: lo que proponemos pretende ser válido para cualquier escasez que afecte al hombre, y la entendemos en *dualización*, no en relación excluyente, sino compositiva, con el otro polo (riqueza). Precisamente por eso, y sin dejar de tener en cuenta la tensión interna a la noción de escasez –que Millán-Puelles considera paradójica–, proponemos como polos básicos de la actividad productiva la riqueza de proyectos (ideas, voliciones y esquemas imaginativos) junto con la escasez de *tiempo*, que no son opuestas excluyentemente entre sí, pues el opuesto excluyente de la riqueza es la miseria, y el de la escasez es la sobra, como también se sugiere en W. M. DUGGER, J. T. PEACH, *Economic Abundance. An Introduction*, Routledge, London, New York, 2015, 3; y de modo un poco confuso en N. XENOS, *Scarcity and Modernity*, Routledge, London, New York, 1989, 35.

⁸⁶ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Foundations of Economic Activity (Part I: Introduction and first steps)”, en *Journal of Polian Studies*, 2 (2015), 34-42.

⁸⁷ Se elimina incluso en Hegel, para quien la negación es la energía del pensamiento (cfr. G. W. F. HEGEL, *Phänomenologie des Geistes*, Hegel Werke [HW], Suhrkamp Verlag, Frankfurt a. M., 1983, 3. Band, 36), la doble negación es afirmación, o sea, lo verdaderamente infinito (*Logik für die Mittelklasse*, §28, HW, 4. Band, 170) y lo positivo (*Wissenschaft der Logik*, HW, 6. Band, 64).

dimensión negativa o peyorativa de la noción de escasez ha de estar referida siempre a un contenido positivo. Pero, entonces, la escasez que se refiera a una actividad humana –como es la que aquí se considera– habrá de remitir intrínsecamente a una exigencia (de actividad) que la sobrepasa, y respecto de la cual ella se dice “escasa”. En este sentido, la escasez puede ser atribuida al polo inferior de la actividad productiva, pero sólo puede ser entendida como tal, si se toma en cuenta que está vinculada a un polo activo superior que exige *más* de ella⁸⁸. Dicho de otro modo, para poder estimar alguna actividad humana como escasa es preciso que esté falta de algo, pero, desde luego, no puede estar falta de ella misma o respecto de ella misma –de lo contrario no existiría–, sino que lo ha de estar respecto de una exigencia (de actividad) venida desde otra instancia y que, eso no obstante, forme con ella tándem (vinculación); es decir, que le afecte de tal modo que, para esa exigencia, lo que se hace resulte poco. La noción de escasez es, pues, una noción que sólo se entiende correctamente según la de dualización, y que, además, es aplicable con acierto al polo inferior de la dualización productiva normal, en la medida en que está afectado por una limitación de tiempo (muerte), pero también por la vinculación interna con un polo positivo (riqueza anímica)⁸⁹.

b) *La dualización productiva normal y la aparición de la “dimensión económica”*

Con estas últimas aclaraciones hemos iniciado la exposición sobre la dualización productiva normal, al empezar a considerar las afecciones negativas que atañen sobre todo a uno de sus polos, el inferior, en vinculación con el otro polo, el superior. Y ya con sólo entender que la limitación de tiempo se dualiza con un polo superior y positivo (riqueza) queda descartado que la escasez resultante se corresponda con una previa carencia. Muchos piensan que el hombre es un ser *necesitante*⁹⁰, es decir, cuya actividad está precedida por sus

⁸⁸ W. M. DUGGER, J. T. PEACH (*Economic Abundance*, 25) proponen que la escasez deriva de la marginación social, entendida como exclusión del individuo respecto del saber de la comunidad, lo cual puede ser verdad en muchos casos, pero no explica la escasez básica, ya que ésta afecta también a los no marginados y a la propia sociedad, y no sirve para ajustar su noción.

⁸⁹ Por supuesto, también la noción de riqueza, a la que dedicaremos más atención en un trabajo próximo, habrá de ser entendida en dualización con la escasez, *dada la situación histórica del hombre*.

⁹⁰ La idea parte de Hobbes –quien al concebir como fin último del hombre la propia conservación, no puede asignarle otra ocupación que no sea la de atender a la satisfacción de sus necesidades–, pero fue muy potenciada por Feuerbach: “Donde no hay límite ni tiempo ni necesidad, tampoco

carencias, que lo supeditan, y a las que como máximo sólo cabe responder satisfaciéndolas. Eso no es válido ni siquiera para la vida orgánica, cuya meta no es sólo conservarse, sino crecer⁹¹. Ahora bien, tratándose del hombre, ha de notarse que su riqueza es tal que es capaz de *crearse* exigencias (“necesidades”) muy superiores a las biológicas por razón de los mayores requerimientos de su libertad. Eso lo hace, por lo general, de modo que puede incrementar también sus escaseces ilimitadamente⁹², es decir, según sus crecientes ideas y deseos⁹³, lo cual hace imposible que sea un ser necesitante, o sea, *totalmente* supeditado a sus necesidades: el carácter creciente de las mismas procede de la riqueza anímica.

co hay cualidad, ni energía ni espíritu ni entusiasmo ni amor. Sólo el ser que sufre necesidad es el ser necesario... Únicamente un ser sufriente es un ser divino. Un ser sin pasión es un ser sin ser. Pero un ser sin pasión no es más que un ser sin sensibilidad, sin materia” (L. FEUERBACH, “Tesis provisionales para la reforma de la filosofía”, en *Aportes para la crítica de Hegel*, trad. Alejandro Llanos, La Pléyade, Buenos Aires, 1974, 76). Y también lo fue por Marx: “[el hombre] como ser natural, corpóreo, sensible, objetivo, es, como el animal y la planta, un ser *paciente*, condicionado y limitado; esto es, los *objetos* de sus impulsos existen fuera de él, en cuanto *objetos* independientes de él, pero estos objetos son objetos de su necesidad, indispensables y esenciales para el ejercicio y afirmación de sus fuerzas esenciales” (K. MARX, *Manuscritos: Economía y Filosofía*, trad. F. Rubio Llorente, Alianza Editorial, Madrid, 1968, 164). Marx admite la creatividad por parte del hombre, pero la atribuye no al individuo (ser de necesidades), sino a la sociedad. En psicología es ésa la idea que propone Maslow (A. H. MASLOW, “A Theory of Human Motivation”, en *Psychological Review*, 50 [1943], 370-396), que ha sido adoptada por algunos economistas (R. B. MCKENZIE, G. TULLOCK, *The New World of Economics. Explorations into the Human Experience*, Richard D. Irwin Inc., Homewood, ²1978, 42-50).

⁹¹ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, *Varón y mujer. Fundamentos y destinación de la sexualidad humana*, Edicep, Valencia, 2011, 36.

⁹² Algo semejante piensa Knight cuando sugiere que el hombre se crea problemas innecesarios (F. H. KNIGHT, *The Ethics of Competition and Other Essays*, Martino Publishing, Mansfield, 1935, reimpresión 2014, 32). Por otro lado, eso explica, por ejemplo, cómo es posible –al margen del carácter imperativo de la publicidad– que cosas inexistentes hace algunos años, como el agua corriente, la electricidad, la calefacción, la televisión, el móvil, etc., sean consideradas hoy como imperiosas necesidades, de tal modo que a quien no puede tenerlas se le pueda estimar como pobre.

⁹³ Algunos economistas han captado este carácter creciente de los deseos humanos, por ejemplo, J. B. CLARK, *Philosophy of Wealth. Economic Principles Newly Formulated*, Ginn & Co. Pub., Boston, 1894, 42 ss.; y A. MARSHALL, *Principles of Economics*, MacMillan, London, ¹1961, c. II, §1, 86-87. No obstante este acierto, muchos economistas se forman una concepción negativa del hombre en tanto en cuanto tienden a pensar que, al ser sus deseos ilimitados (R. A. MUNDELL, *Man and Economics. The Science of Choice*, MacGraw-Hill, New York, 1968, 3 ss.), queda convertido, por eso mismo, en un ser esclavizado, sometido o sediento de ellos (cfr. L. ROBBINS, *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, MacMillan, London, New York, ¹1962, 13), y cuyo futuro se limitaría a “ir detrás” de sus apetencias intentando cubrirlas. Nosotros proponemos, por el contrario, que el hombre no parte de un vacío o carencia interior, antes bien, parte de una posesión o riqueza intelectual, y por eso ni es un ser indigente ni un esclavo de sus deseos naturales, sino que puede controlarlos, dirigirlos y hacerlos crecer, no ya en cantidad, sino incluso en calidad y altura, pudiendo orientarlos hacia lo trascendente.

Muy por el contrario, cuando hablamos aquí –en sentido amplio– de escasez para el hombre, nos referimos al resultado de la tensión existente entre las exigencias (crecientes) del espíritu humano y la limitación de su corporalidad amenazada de muerte, tensión que convierte a la temporalidad limitada en “no bastante” para la *capacidad de actuación* del hombre⁹⁴. En términos más concretos, el encauzamiento temporal de la actividad humana resulta problematizado en sí mismo, al quedar su empuje frenado y entretenido –aunque no detenido– por la *obligada anticipación* de ciertos proyectos urgentes para la supervivencia. De este modo, la escasez se convierte en escasez de tiempo.

Por tratarse de una dualización, la problematicidad mencionada se advierte también en el polo superior de la dualización productiva, el cual no se queda impasible ante la conversión de la limitación en escasez de tiempo. Ese polo, sin dejar de ser lo que es (riqueza de proyectos), se vuelve en cierta medida vano⁹⁵, pues al estar concernido inevitablemente por la escasez de tiempo, aunque la pueda mitigar e incluso la aproveche y la pueda compensar sobradamente⁹⁶, *nunca la puede eliminar por completo*⁹⁷. En esa medida, su aprovechamiento del tiempo no puede ser integral, sino sólo problemático y

⁹⁴ Nos referimos a la capacidad de trabajo e innovación productiva del hombre, no a otras capacidades, pues como dice Polo: “... la capacidad de placer del hombre es muy limitada. El hombre se puede ‘autopremiar’ prácticamente poco. Desde este punto de vista, es un ser desequilibrado, es decir, tiene más capacidad de ejercicio de actos que de recuperación del fruto de sus actos. Por lo mismo, cualquier intento de determinar su fin en términos de goce corpóreo, cultural, estético, es una equivocación. La prueba es que la humanidad no ha inventado nuevos placeres: la capacidad de placer que tenía el hombre hace dos mil años es la misma que tiene ahora; la capacidad de trabajo del hombre actual es muy distinta. Tal vez, solamente hemos descubierto un nuevo placer que es la velocidad. Pero, en cambio, si se compara lo que un hombre es capaz de hacer hoy con lo que hacía en el pasado la diferencia es notable. Esperar de un mayor empleo de energía humana una compensación equivalente en términos de placer es ilusorio; el hombre no está hecho así” (L. POLO, *Economía*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXV, Eunsa, Pamplona, 2015, 352-353).

⁹⁵ “¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad!... Y aborrecí todo el trabajo con el que me fatigo bajo el sol, pues se lo tengo que dejar a un sucesor... Él heredará lo que me costó tanta fatiga y sabiduría bajo el sol. También esto es vanidad. Y acabé por desengañarme de todos mis trabajos y fatigas bajo el sol” (*Eclo*, 1, 2... y 2, 18-20, trad. oficial de la CEE, 1041 y 1042).

⁹⁶ Existen grados en el sobreponerse de la riqueza del espíritu frente a la escasez de tiempo introducida por el límite de la muerte. En ese sentido, por “mitigar la escasez de tiempo” entendemos alejar la amenaza de la muerte, temporalmente, prolongando el tiempo de vida; por “aprovechar la escasez de tiempo” entendemos ganar tiempo –hacer más en el mismo o en menos tiempo–; mientras que por “compensarla sobradamente” entendemos ganar en intensidad vital *redimiendo el tiempo* (*Col* 4, 5; *Ef* 5, 15), o sea, convirtiendo la limitación temporal en donación imperecedera, al ofrecérsela libremente a Dios.

⁹⁷ “Es tan caro el rescate de la vida, que nunca les bastará para vivir perpetuamente sin bajar a la fosa. Mirad: los sabios mueren, lo mismo que perecen los ignorantes y necios, y legan sus riquezas a extraños” (*Salmo* 49 [48], 9-11, trad. oficial de la CEE, 2010, 920).

relativo⁹⁸. El hombre puede posponer el instante de la muerte, porque la puede prever, pero su previsión abre la posibilidad de posponerla sólo por un tiempo. Prever es, desde luego, más que presentir. Los animales pueden presentir el peligro, no así la muerte; el hombre puede presentirla cuando su amenaza es inminente, pero *antes* puede preverla, es decir, captar las posibles causas de muerte, y neutralizarlas, alejándola así provisionalmente. En el momento en que se consigue alejar la muerte se deja de sentir su amenaza, pero no por eso deja ella de acecharnos.

En esa línea, cabe distinguir entre “sentir la escasez de tiempo”, lo cual puede ser simplemente subjetivo, y “tener escasez de tiempo” *realmente*⁹⁹. Todos *tenemos* escasez de tiempo, pero no todos la *sentimos* siempre. La limitación del tiempo se siente por la amenaza (directa o indirecta) de la muerte¹⁰⁰; la escasez de tiempo por la riqueza de proyectos vitales, pues supuesta como fija la cantidad final del tiempo de vida, y habida cuenta de la inaplazable tarea de la supervivencia, *a más proyectos menos tiempo disponible* para cada proyecto. En cambio, la escasez de tiempo es siempre real, o sea, siempre se tiene, porque, se sienta o no, la tarea de la subsistencia es inacabable. Desde luego, si se siente, se tiene la escasez de tiempo¹⁰¹. No obstante, cabe también

⁹⁸ Aunque de la abundancia y escasez de *recursos* no hablaremos en éste, sino en trabajos sucesivos, señalaremos aquí, de pasada, el error de sostener que la riqueza (de recursos) alcanzada por el hombre pueda conseguir en algún momento acabar con la escasez de los mismos. Esto último, sin embargo, es lo que implícitamente sugiere Keynes cuando dice: “el problema económico puede estar resuelto, o, al menos, su solución estar a la vista, en unos cien años” (“the economic problem may be solved, or be at least within sight of solution, within a hundred years”, J. M. KEYNES, “Economic Possibilities for our Grandchildren”, en *The Collected Writings of John Maynard Keynes, Volume IX. Essays in Persuasion*, MacMillan, London, 1972, 326); pero eso no quita que también él haya dicho que en el pasado el problema económico, o sea, la lucha por la subsistencia, ha sido el principal y más urgente problema de la raza humana (“Economic Possibilities”, 326-327). Xenos, por su parte, considera esa idea una utopía, cuyo origen retrotrae, él, a J. Stuart Mill (N. XENOS, *Scarcity*, 44-47). Algunos otros proponen hacer una economía de la abundancia de recursos para *eliminar* la escasez (cfr. I. M. KIRZNER, *The Economic Point of View*, Sheed & Ward Inc., Kansas City, 1976, 114). Y en obras más recientes se sugiere que la escasez de recursos no es inevitable (cfr. W. M. DUGGER, J. T. PEACH, *Economic Abundance*, 196).

⁹⁹ Cfr. S. MULLAINATHAN, E. SHAFIR, *Scarcity. Why Having Too Little Means So Much*, Times Books, New York, 2013, 9-11; 86. Aunque estos autores apuntan a la distinción entre sentir y tener la escasez, en el desarrollo del libro ponen el acento en los modos y consecuencias prácticas de sentirla, sin profundizar en la distinción señalada.

¹⁰⁰ Decimos directa o indirecta, porque entendemos que el hambre, el frío, la enfermedad, los enemigos, etc., aunque no son la muerte misma y pueden no producirla inmediatamente, amenazan también con ella.

¹⁰¹ No es de extrañar, por tanto, que Millán-Puelles (A. MILLÁN-PUELLES, *Economía*, 168-169) ponga en el centro de los problemas económicos reales el sentir el premio.

sentir (subjétivamente) el tiempo como sobrante, por ejemplo, cuando uno se aburre porque *momentáneamente* no se tienen proyectos¹⁰², cuando se tienen pocos, o se reducen prácticamente a la tarea de supervivencia¹⁰³, o cuando los que se tienen son irrealizables. Pero el tiempo nunca puede ser *realmente* sobrante, porque las posibilidades de la acción humana en el mundo son incabables, mientras que el tiempo se nos acaba¹⁰⁴. Dicho de un modo más sugere, quien siente el tiempo como abundante deja, *eo ipso*, de *sentir* su escasez, pero no está libre de ella, no sólo porque puede verse obligado en cualquier momento a tener que atender de modo exclusivo a su subsistencia –por enfermedad, siniestros físicos o contratiempos humanos–, sino porque a diario tiene que procurarla de modo constante y suficiente como para que no le falte definitivamente el tiempo (muerte real).

De ordinario no se hace la distinción referida, porque se tiende a pensar que, si no se siente, no se tiene la escasez, como parece que le sucedió a Robbins cuando sugirió, de pasada, que puede haber ocasiones en las que el tiem-

¹⁰² Admitir la nulidad o la poquedad de proyectos podría dar lugar a una objeción directa contra nuestro planteamiento, dado que hemos partido de que existe una riqueza de ellos. Pero, respecto de la poquedad, debe tenerse en cuenta que cuando hablamos de “riqueza de proyectos” nos referimos propiamente no a la sobra original del espíritu sobre el cuerpo, sino a una *sobra modificada, relativa y normal* de los mismos respecto de las obligadas tareas de subsistencia y dentro de lo que sea posible hacer efectivamente en cada caso. Circunstancialmente, pueden darse coyunturas temporales de “poquedad de proyectos posibles” –ante un peligro inesperado, una falta de medios, un fracaso incidental, etc.–, pero no por eso se erradica el poder del conocimiento o la capacidad de hacer nuevos proyectos. Otra cosa es la anulación total de ellos, o sea, la desesperación, que es un agotamiento clausurante y subjetivo de todo proyecto futuro, y que se consolida cuando la voluntad *no quiere* llevar a cabo más proyectos, negándose a revestirse de nuevo del imperativo “haz” (cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity [Part II: Essential Dualizations and Conclusions]”, en *Journal of Polian Studies*, 3 [2016], 46). En todo caso, si la riqueza de proyectos normal viene coyunturalmente a menos, cosa que puede acontecer, no será sólo por motivo de la escasez de tiempo, sino, sobre todo, por alguna debilitación del polo superior, fuente de la riqueza, esto es, por una relativa disminución de las ideas, o bien por defecto de voluntad.

¹⁰³ Es el caso de los pueblos primitivos cazadores y recolectores citados por Sahlins, a los cuales parece sobrar el tiempo (cfr. M. SAHLINS, *Stone Age Economics*, Aldine-Atherton Inc., Chicago & New York, 1972, 11; 14; 17; 19-28).

¹⁰⁴ Podría objetársenos que las posibilidades de la acción humana parecen ser ilimitadas sólo desde la consideración del género humano, mientras que la escasez de tiempo existe sólo para el individuo. Pero téngase en cuenta que el no agotamiento de las posibilidades de acción no proviene de la duración temporal, sino de la riqueza o creatividad del espíritu (inteligencia y voluntad), por lo que las posibilidades son (cualitativamente) ilimitadas desde y para cada persona individual. Por ejemplo, las posibilidades entrevistas por Leonardo da Vinci ni desaparecieron ni se agotaron cuando él murió, sino que siguieron siendo *posibilidades*, aunque al morir, no pudiera él seguir desarrollándolas.

po no sea escaso¹⁰⁵. Pero para que la escasez de tiempo dejara de actuar realmente en nosotros, haría falta que la muerte dejara de amenazarnos. Eso es lo que les ocurre, por ejemplo, a los animales, que no sienten la escasez ni se preocupan por ella, ya que, no pudiendo ellos prever el futuro, ni por consiguiénte la muerte, tienen cubierta su supervivencia desde el principio por la naturaleza. Por un lado, ella les ofrece el sustento, y, por otro, regula su número *precisamente por vía de la muerte*, medio por el que se obtiene el equilibrio ecológico de cada especie¹⁰⁶: bien sea que los depredadores eliminen a los sobrantes, bien sea que la enfermedad (por falta de alimento) reduzca su exceso. En cambio, si la sensación de abundancia de tiempo indujera al hombre a olvidarse (subjetivamente) por completo de la escasez del mismo, se empezaría a comportar de forma parecida a los animales, pues dejaría de cuidarse de la limitación de su tiempo, esto es, se volvería un insensato¹⁰⁷; pero, aun así, dicha escasez no desaparecería, es decir, seguiría persiguiéndole *realmente*¹⁰⁸.

¹⁰⁵ Robbins incurre en un doble equívoco semejante al que comete Wicksteed (PH. H. WICKSTEED, *The Common Sense of Political Economy*, Routledge & Sons, London, 1946, vol. I, 1-2): primero, mezcla la escasez de tiempo –al entenderlo como un mero recurso– con la escasez de medios, y, después, admite expresamente que puede haber situaciones en que los medios (o el tiempo) no sean escasos (L. ROBBINS, *An Essay*, 13-14). Según nuestro planteamiento, la escasez de medios no es equiparable a la escasez de tiempo, pues ésta es más radical y universal. Por eso, la riqueza y escasez de que hablamos ahora son sólo las básicas, pero no las estrictamente económicas. Sin embargo, ambas escaseces tienen en común el condicionar la actividad productiva humana en todo momento, esto implica que no hay ninguna situación en la que el tiempo humano o los bienes económicos no sean escasos. Para un avance de esta última idea, cfr. I. FALGUERAS SORAUREN, “A New View on Robbins’s Definition of Economics: the Notions of Real and Formal Scarcity”, en *Cuadernos de economía: Spanish Journal of Economics and Finance*, 40/113 (2017), 93-94. En cualquier caso, de la dualización “riqueza-escasez” en sentido económico estricto hablaremos en otra investigación.

¹⁰⁶ La muerte es, para las especies, el mecanismo natural de regulación de su población, siendo esta última la unidad básica de los procesos ecológicos, cfr. H. REMMERT, *Ökologie. Ein Lehrbuch*, Springer Verlag, Berlin, 1989, 131.

¹⁰⁷ Eso es lo que pasa al que se dice a sí mismo: “Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años, descansa, come, bebe, banquetea alegremente. Pero Dios le dijo: ‘Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?’” (*Lc* 12, 19-20, trad. oficial de la CEE, 1730).

¹⁰⁸ Algunos piensan que la escasez, como “atributo universal” de la acción humana, es un invento moderno (cfr. N. XENOS, *Scarcity*, ix, 2, 7-8). En realidad, de acuerdo con la distinción que hemos hecho, el primitivo, al ser más reducida la competencia entre sus proyectos, *siente* menos la escasez de tiempo, pero la *tiene* igual que el civilizado –vive menos en promedio, y sometido en mayor medida a la naturaleza–. De hecho, dedica su talento o riqueza (ánimica) casi sólo a subsistir, de modo que, al no tener proyectos alternativos, le puede sobrar tiempo en su vida cotidiana para dormir o no hacer nada (cfr. nota 325). El hombre moderno, en cambio, siente más y de otro modo la escasez de tiempo, porque tiene muchas más posibilidades y proyectos para hacer (cfr. ejemplos sencillos, al respecto, en S. MULLAINATHAN, E. SHAFIR, *Scarcity*, en toda la obra).

Justo por ser insuprimible en su raíz, la escasez de tiempo es un componente históricamente real y *constante* del actuar y producir humanos. Por consiguiente, la actividad productiva normal, debidamente precisada, se puede describir *en lo básico* como la dualización entre una riqueza relativa y *problematizada* de proyectos posibles, en su polo superior, y una escasez básica —la *escasez de tiempo*— en su polo inferior.

De lo cual resulta que la dualización “riqueza de proyectos-escasez de tiempo” da lugar a un quehacer *continuamente* retornante, que distrae al hombre del sentido de su tarea destinal, y, además, le hace renunciar siempre a algunos proyectos posibles, al tener que afrontar de modo inevitablemente prioritario las urgencias generadas por la escasez mencionada. En este sentido, decimos que la escasez de tiempo crea *problemas* a la riqueza de proyectos, y problemas tales que requieren solución urgente, por lo que espolea y, a la vez, entretiene a la creatividad humana en un plano inferior al de sus más altas posibilidades.

Según esto, la dualización productiva normal se caracteriza por incluir, al menos, dos órdenes de problemas prácticos distintos, pero relacionados entre sí¹⁰⁹, de manera que, si bien son inseparables en la práctica, cabe considerarlos teóricamente por separado. Por una parte, ella abre un orden de problemas éticos, a saber: no poder prestar, de entrada, una atención *prioritaria* ni a las tareas destinales, ni a las cuasi-destinales de cohabitación del mundo¹¹⁰. Al tener que atender de modo imprescindible y urgente a las actividades de mera subsistencia —cosa que está muy por debajo de las posibilidades de la inteligencia y de la voluntad humanas, y que no tendría que encerrar una especial dificultad para el hombre, si no existieran la muerte y sus consecuencias¹¹¹—, se

¹⁰⁹ “... la ética ha de ser puesta en estrecha relación con la misma índole productiva de la acción humana. De acuerdo con esta relación, la ética no se cierne sobre la vida como una instancia superior pero extrínseca, es decir, como un recetario devoto dirigido a los buenos sentimientos (no es simple ‘moralina’), sino que es un factor intrínseco cuyo olvido empobrece la visión del hombre” (L. POLO, “Prólogo” a J. A. Pérez López, *Teoría de la acción humana en las organizaciones. La acción personal*, Rialp, Madrid, 1991, en *Escritos menores*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. IX, Eunsá, Pamplona, 2017, 68).

¹¹⁰ Ejemplos de tareas destinales son la búsqueda de la verdad y del sentido de la vida, así como —sobre todo— la búsqueda de la aceptación divina; ejemplos de las cuasi-destinales son la habitación perfeccionante del mundo, de sí mismo, y de los otros. Pero de esto nos ocuparemos en posteriores publicaciones.

¹¹¹ Cfr. L. POLO, *La originalidad*, 306-309. “Esta consecuencia del ‘éxito’ del pecado es el tercer déficit de moralidad: la aparición de actividades de mantenimiento o de reposición que abren posibilidades cuya eficacia perfectiva es mínima. También el hombre es afectado en su propio carácter perfeccionable, que está vinculado a la perfección del universo” (L. POLO, *La originalidad*, 307).

han de posponer en el tiempo los proyectos relativos a las mencionadas tareas superiores¹¹². El problema es, en este caso, un problema de *ordenación* de deberes: en la práctica, atender a su propia debilidad se ha vuelto lo primero y lo más imperioso para el hombre, en vez de serlo el atender a lo personal y éticamente más alto según sus capacidades¹¹³.

Pero, además, la dualización productiva normal abre otra serie de problemas prácticos en los que se puede empezar a apreciar algún rasgo típico del orden de “lo económico” –en el sentido más elemental de este término¹¹⁴–. La premura del problema del subsistir no sólo requiere que los proyectos que lo atienden sean antepuestos, sino, también, que hayan de *competir* con cualesquiera otros. Aquí la idea de *competición*, que es un cierto adelanto de lo que será un

¹¹² Lo problemático es tener que atender *ante todo* a las necesidades biológicas. Desde luego, tener que atender a la propia subsistencia antes que a cualquier otra tarea se convierte para el hombre en una exigencia ética (un deber), sin que por sí misma ella lo haga *mejor*; podría hacerlo peor, si no la atendiera como es debido, pero *directamente* esa tarea no perfecciona ni al hombre ni al mundo, antes bien sólo lo entretiene y desvía su atención desde las grandes cuestiones y tareas relacionadas con la destinación hacia la estrechez del egoísmo. Naturalmente, la riqueza de la persona puede hacerse cargo del problema de la subsistencia propia y convertirlo en una tarea digna, pero no puede eliminar la caída de rango que implica dicho problema. Sólo si Dios manda cuidar de la propia subsistencia y toma como hecho a Él lo que se haga a otro (*Mt* 25, 40 y 45), cobra sentido transnatural el atender a la subsistencia.

¹¹³ Es lo que implica, por ejemplo, el conocido adagio “*Primum vivere, deinde philosophari*”. Es patente que la cantidad de tiempo que hemos de dedicar los humanos a las tareas de subsistencia es mucho mayor, por lo general, que las que dedicamos a la productividad (\pm 8/24 horas). E igualmente el esfuerzo social empleado para cubrir las necesidades es muy superior al que se dedica para desarrollar tareas liberales. Por supuesto que el problema de la ordenación de deberes y de proyectos, como también otros problemas, se afronta siempre mejor y más fácilmente en sociedad mediante la cohabitación, pero su solución humana radical es integrar personalmente la tarea de la subsistencia en la de la destinación.

¹¹⁴ En nuestro planteamiento, los sentidos del término “económico” son, al menos, tres: (i) el que alude a la dimensión económica de toda actividad humana; (ii) el que tiene como referente a la actividad económica propiamente dicha; y (iii) el que hace referencia a la ciencia que tiene como tema de estudio la actividad económica. R. Crespo también distingue tres sentidos de lo económico que en algunos aspectos se parecen a los que acabamos de señalar, y en otros son distintos (R. F. CRESPO, *Filosofía de la economía*, Eunsa, Pamplona, 2012, 27-38 y 157-158). En cuanto al llamado “principio de economía” o de parsimonia, en su versión ockhamista (navaja de Ockham) y similares, éste hace referencia a una economía del pensamiento o de índole lógica, no de la acción práctica humana; en la versión de Leibniz –cuando no se refiere a la economía de pensamiento–, hace referencia a la sabiduría y bondad de Dios, extrapolándole a Él la maximización de la Economía humana (cfr. G. W. LEIBNIZ, *De rerum originatione radicali, Die philosophischen Schriften*, C. I. Gerhardt, Berlín, reimpresión Hildesheim, 1960-1961, VII, 303 ss.). Naturalmente, el sentido teológico-cristiano del término (“Economía de la salvación”) está más allá del tema que tratamos.

rasgo arquetípico de la actividad económica¹¹⁵, deriva de que lo radicalmente escaso, tras la limitación introducida por la muerte, es el *tiempo humano*. No se trata, pues, todavía, de la competencia en términos exactamente económicos, sino de la raíz antropológica de la competencia, que acompaña a la necesidad de ganar tiempo y ahorrar esfuerzos para habitar de modo humano en el mundo¹¹⁶.

En este trabajo, por estar todavía intentando esclarecer las bases de la actividad económica, atenderemos casi exclusivamente a este segundo orden de problemas prácticos, dejando para su momento oportuno en pasos ulteriores de nuestra línea de investigación, el considerar con mayor detenimiento la relación de tal actividad con el primer orden jerárquico de problemas, los éticos¹¹⁷.

c) *La competición entre los proyectos, y la consiguiente necesidad de administrarlos en el tiempo propio*

Toda actividad humana lleva consigo (directa o indirectamente) un consumo de tiempo, que por estar limitado o, lo que es igual, por ser escaso, obliga a acotarla (temporalmente) según una ordenación de prioridades. Es necesario dedicar tiempo a dormir, a comer, a asearse, a conseguir un lugar donde refugiarse y ropa con la que abrigarse, etc., con la particularidad de que todo eso ha de procurarse no sólo cuando su necesidad es inmediata y urgente, sino también cuando no lo es todavía (previsión del futuro). Lo humanamente racional es, además, hacerlo de forma que se libere tiempo para otras ocupaciones, que se suelen llamar “libres” porque cada uno las puede elegir, y porque

¹¹⁵ En economía la competencia es una competición entre los agentes, o bien una rivalidad en los usos de los bienes. Cfr. G. J. STIGLER, voz “Competition”, S. N. DURLAUF, L. E. BLUME (Eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, Palgrave Macmillan, 2008. Como ejemplo del primer tipo, valen las que describió K. Marx: la existente entre el capital y el trabajo; entre los trabajadores; entre los vendedores, entre los compradores, y entre unos y otros mutuamente; entre prestamistas y prestatarios, entre los capitalistas, etc. (cfr. S. KURUMA [Ed.], *Marx-Lexikon zur politischen Ökonomie*, Verlag Detlev Auvermann KG-Oberbaumverlag Berlin, 1969, Band I, Konkurrenz, 123-151). Y existe otro tipo más básico, a saber, la rivalidad en el uso de los bienes, que consiste en que cada unidad de bien que se usa deja de estar disponible para su uso por otras personas (R. CORNES, T. SANDLER, *The Theory of Externalities, Public goods, and Club Goods*, Cambridge U. Press, Cambridge, 1996, 8). Obviamente esta rivalidad en el consumo es una de las características que determinan la escasez en los bienes. Pero nosotros hablamos aquí de una competencia aún más radical: la que se da entre los proyectos personales por razón de la escasez del tiempo histórico individual.

¹¹⁶ Cfr. nota 283.

¹¹⁷ Es ésta, en consecuencia, una mera proposición expositiva, pues no cabe una comprensión completa de la acción humana más que teniendo en cuenta la ética (cfr. L. POLO, *Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XI, Eunsa, Pamplona, 2018, 143).

en ellas se expande la libertad del espíritu¹¹⁸, lo cual requiere ordenar tales ocupaciones en el tiempo. Pero incluso las ocupaciones que se han caracterizado como urgentes o acuciantes exigen ya una ordenación que aproveche el tiempo sin que ninguna quede del todo desatendida¹¹⁹. Esta última ordenación será, por tanto, la primera a la que racionalmente haya de atenderse. Para la tarea de la subsistencia, la muerte introduce en la vida de cada uno una especie de juego de suma cero: metafóricamente hablando, la suma final de todas nuestras ocupaciones de supervivencia sobre la tierra es igual a cero, pues con ellas nunca se puede conseguir una ganancia de tiempo tal que *impida o elimine para siempre* la muerte. El desafío para el hombre será, pues, aprovechar el tiempo de manera que, aun sin modificarse su cantidad final¹²⁰, podamos vivirlo con mayor intensidad y rendimiento, no simplemente sobreviviendo. Los juegos de suma cero son juegos competitivos, por donde sugerimos que la muerte introduce una clara *competición* tanto entre las ocupaciones de supervivencia, como también entre el tiempo dedicado a éstas y el dedicado a las ocupaciones libres¹²¹.

La primera forma de competición se juega, pues, en el tiempo de la propia vida: organizar selectivamente nuestras ocupaciones de manera que, aparte de posponer la muerte, se gane tiempo vital para otras actividades más satisfactorias o más altas. En este sentido, decimos que existe una *dimensión*

¹¹⁸ Entre esas actividades libres destaca la actividad de pensar o “pararse a pensar” (cfr. L. POLO, *Curso de teoría*, II, 62), es decir, la de detener la actividad práctica, para atender sólo a la teoría o también al auto-trascendimiento.

¹¹⁹ Cfr. A. MILLÁN-PUELLES, *Economía*, 438. La tarea de la subsistencia, a la que se alude en nuestro texto, requiere de una pluralidad de proyectos que atiendan, como mínimo a la alimentación, el vestido, y el cobijo. Por tanto, esta pluralidad de objetivos implica una cierta competición en el tiempo entre los proyectos correspondientes, los cuales requieren ser ordenados para cumplir con aquella tarea. La mencionada competencia entre proyectos de subsistencia justifica que los economistas hayan podido poner el caso hipotético de Robinsón Crusoe, al que nos referiremos un poco más abajo, como ejemplo básico y válido para entender lo que ellos llaman “el problema económico”.

¹²⁰ No pretendemos negar que la muerte pueda ser retrasada mediante los avances de la medicina, sólo computamos (teóricamente) ese posible retraso de ella dentro del tiempo total de la vida corporal de cada uno.

¹²¹ Aunque se suele entender por tiempo libre aquel que no se dedica al trabajo asalariado, nosotros entendemos por tiempo libre el rescatado respecto de la tarea de subsistencia. E. Weber, apunta a un sentido semejante al que proponemos, aunque elabora con más detalle los distintos sentidos de la expresión “tiempo libre”, distinguiendo entre tiempo libre-de y tiempo libre-para (E. WEBER, *El problema del tiempo libre. Estudio antropológico y pedagógico*, trad. A.-P. Sánchez Pascual, Editora Nacional, Madrid, 1969, 5-10). A nosotros nos basta aquí con señalar claramente el sentido del tiempo libre-de, puesto que en nuestra investigación todavía no hemos considerado directamente los fines, cosa que haremos en un trabajo posterior.

económica común e inesquivable para toda actividad del ser humano¹²². Por eso, lo que aquí calificamos como “económico”, entendido como la competición entre proyectos en la ordenación del tiempo *propio*, no es todavía un “tipo” de actividad –ni siquiera la propiamente económica–, sino una dimensión radical de *toda* actividad humana¹²³. Lo cual implica que en dicha ordenación aún no podrá aparecer lo característico y diferencial de la actividad estrictamente económica, porque la competición de que hablamos empieza a afectar a la vida de cada uno (i) en un momento anterior al del intercambio, y (ii) con independencia de la consideración de lo social *como tal*¹²⁴. Al respecto, no negamos que también socialmente se plantee un problema semejante, ni que pueda obtenerse en sociedad una ganancia mayor de tiempo, sólo afirmamos que la razón primera –no única– por la que el hombre ha de tener en cuenta, necesariamente, planteamientos *competitivos* (entre proyectos) estriba en la escasez de tiempo introducida *en la vida de cada uno* por la muerte. Correlativamente, la escasez de tiempo no será la única escasez, pero sí la más radical y constante de las escaseces humanas, por lo que de algún modo está incluida en todas las demás, vale decir: es la escasez básica.

Conviene explicar esto un poco más por razón de claridad. Habida cuenta de que en toda actividad esencial humana están implicados, contemporáneamente, lo anímico y lo corporal¹²⁵, *para el cuerpo* sigue corriendo la temporalidad biológica –que es a la que afecta inmediata y directamente la muerte– incluso cuando dedicamos toda la atención a lo espiritual, que de suyo no consume tiempo. Por esa razón, nunca puede uno desentenderse del todo de la escasez de tiempo, de lo contrario su cuerpo no sobreviviría. Se puede desafiar por unos días la resistencia biológica, como hace el faquir: se puede llegar a estar un tiempo sin comer ni beber y sin apenas respirar, pero uno ha de volver a cuidarse de la supervivencia, o, de lo contrario, morirá. En la vida normal esto implica que todas las actividades esenciales humanas, incluidas las más al-

¹²² También Crespo ha señalado la existencia de una dimensión antropológica impropriamente económica (R. CRESPO, *Filosofía y economía*, 27 ss.), en un sentido análogo a lo que hemos llamado “dimensión económica”.

¹²³ Dicho de otra manera: toda actividad humana, incluso la más espiritual, está afectada, como ya hemos dicho, por la escasez de tiempo (histórico), que obliga a administrarlo inteligentemente.

¹²⁴ No todas las relaciones entre personas son relaciones de intercambio económico, como es obvio y se verá en un artículo posterior dentro de este segundo tramo de nuestra investigación.

¹²⁵ Cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity (Part II: Essential Dualizations and Conclusions)”, en *Journal of Polian Studies*, 3 (2016), 38-39 y 45.

tas, se han de ordenar *sin dejar de tener en cuenta la escasez del tiempo*, que, en esa medida, puede ser considerada como la escasez a la que ha de hacer frente toda actividad productiva humana¹²⁶.

Tener en cuenta la escasez de tiempo significa disponer de los proyectos de acuerdo con su urgencia, importancia y mutua compatibilidad. A esta tarea se la puede llamar *administración del tiempo*, de acuerdo con el sentido usual del término “administración”¹²⁷. Para matizar bien lo que señalamos, conviene recordar el ejemplo (hipotético) de Robinson Crusoe¹²⁸: aún en su aislamiento respecto de todo otro ser humano, que le impediría hacer intercambios, Robinson tenía también que administrar su tiempo y sus proyectos. Obviamente, la tarea administrativa de que hablamos tiene su origen en la mencionada “dimensión económica” *común a toda actividad humana*, que, como tal, es previa a la *estricta* actividad económica¹²⁹. No decimos que la actividad económi-

¹²⁶ Cfr. I. FALGUERAS SORAUREN, “El fin mínimo de la actividad económica”, en F. F. MUÑOZ PÉREZ, R. RUBIO DE URQUÍA, E. M. UREÑA (Eds.), *Estudios de teoría económica y antropología*, Unión Editorial, Madrid, 2005, 669-670, y 673 ss.

¹²⁷ Por administrar se entiende normalmente: “Ordenar, disponer, organizar, en especial la hacienda o los bienes” (DLE, voz “Administrar”, tercera acepción). Y también, en un sentido más general: “Graduar o dosificar el uso de algo, para obtener mayor rendimiento de ello o para que produzca mejor efecto” (DLE, voz “administrar”, octava acepción). Mantenerse con vida, aprovechar el tiempo, y hacerlo mejorando el mundo y mejorándose, requiere una ordenación racional, o administración, del tiempo. Eso aparte de que, como ya dijimos, la acomodación de nuestros proyectos a la secuencia temporal antes-después, propia de los procesos físicos, es requisito imprescindible para cohabitar el mundo (cfr. I. FALGUERAS SALINAS, I. FALGUERAS SORAUREN, “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity [Part II: Essential Dualizations and Conclusions]”, en *Journal of Polian Studies*, 3 [2016], 43).

¹²⁸ Como es sabido, se trata de un ejemplo ficticio que ha sido ampliamente usado por los economistas, desde mitades del siglo XIX en adelante, para ilustrar la base antropológica fundamental de los problemas de administración –o asignación– de recursos (M. V. WHITE, “Reading and Rewriting: The Production of an Economic Robinson Crusoe”, *Southern Review*, 15(2) (1982), 115-142, 137-138). Como este autor explica, dicha forma de ilustrar la fundamentación antropológica del problema económico básico surge de varias adaptaciones que se producen en las interpretaciones de la novela de D. Defoe. No debe subestimarse la relevancia de esta ficción, pues se ha seguido usando, tanto para presentar de modo simplificado algunos complejos problemas técnicos de la Economía (cfr. T. C. KOOPMANS, *Three Essays on the State of Economic Science*, New York, McGraw-Hill, 1957), como para introducir a los estudiantes de Economía en el análisis de decisiones económicas elementales (cfr. J. HIRSHLEIFER, A. GLAZER, D. HIRSHLEIFER, *Price Theory and Applications. Decisions, Markets, and Information*, Cambridge U. Press, Cambridge, 2005, 464-466).

¹²⁹ El propio Aristóteles dice que el hombre no es sólo *zoon politikon*, sino también *zoon oikonomikon*, animal familiar o doméstico (*Ética Eudemia*, VII, 10, 1242a23, trad. J. Pallí Bonet, Gredos, Madrid, 1985, 518), en el sentido de que necesita de la casa (*oikia*) como organización social previa a la ciudad (cfr. R. CRESPO, *Filosofía y economía*, 27).

ca no incluya también unas determinadas tareas administrativas, sino sólo que está antecedida por una forma de administración más elemental, y *común* a todas nuestras actividades.

Administrar, en un sentido básico, y todavía general, consiste en ordenar la ejecución de proyectos en el tiempo, de acuerdo con los siguientes criterios: 1) cumplir con la tarea de la subsistencia; 2) atender a otros proyectos de manera que el despliegue temporal de los mismos (según los fines) obtenga, *como mínimo*, un equilibrio con la tarea de subsistir. Precisamente porque el cuerpo humano tiene las limitaciones ya señaladas, el primero de estos criterios funciona como un borne mínimo que no puede ser excedido, pues no cabe subsistir sin cubrir exitosamente las necesidades básicas. Pero como el hombre, por su riqueza anímica, puede aprovechar dichas limitaciones, es capaz también de proyectar la realización temporal de otros fines, incluso más altos, y ordenarlos para alcanzar al menos un equilibrio dinámico –como en la balanza– con la limitación señalada. Decimos “equilibrio” porque la tarea de la subsistencia, metafóricamente, es un *peso* del que no podemos librarnos nunca por completo. Pero también decimos que el equilibrio tiene un borne *mínimo*, no un borne máximo, porque la riqueza del espíritu humano puede cargar con aquella tarea y hacer mucho más, no tanto como para liberarnos de la preocupación de atenderla, pero sí lo suficiente como para obtener una relación de equilibrio que sea dinámica y creciente por uno de sus extremos.

Conviene aclarar que el equilibrio de que hablamos es temporal, en el sentido de que se ha de lograr *en el tiempo*. Por el lado de su borne mínimo, que tiene que ver con el cuerpo, el equilibrio ha de ser efectivo *en cada momento*, no así por el lado de la riqueza (del espíritu). Pondremos un ejemplo: si hoy no me alimento lo suficiente, puedo subsistir y realizar otras tareas gracias a las reservas energéticas de mi organismo, pero si estas reservas se vuelven insuficientes por haber descuidado su renovación durante demasiado tiempo, entonces ni siquiera podré realizar por mí mismo lo necesario para sobrevivir. En cambio, por el lado de la riqueza anímica, el equilibrio exigido, aun siendo temporal, admite mayores discontinuidades en el tiempo, siempre que nuestra ordenación del mismo no implique una posposición indefinida de los proyectos o de su ejecución efectiva¹³⁰.

¹³⁰ En contraste con la urgencia de los proyectos que se refieren a la tarea de subsistir, los proyectos “libres” pueden ser pospuestos temporalmente. Por ejemplo, Descartes, que adoptó máximas prácticas de aplicación inmediata (R. DESCARTES, *Discours de la méthode*, III, *Oeuvres et*

Como es natural, no existe un modo único de administrar el tiempo. Por ejemplo, la administración del tiempo personal propio es característica de cada ser humano y refleja su jerarquía de valores. Pero existen también regulaciones del tiempo hechas por el Estado, y constituyen otro ejemplo de administración del mismo, que sigue criterios diferentes de los del orden de vida propio¹³¹. Y, por supuesto, también la actividad económica tiene sus modos de administrar el tiempo¹³². Estos tres ejemplos que acabamos de poner responden a la exigencia racional de administración del tiempo escaso que afecta a la vida de las personas, si bien cada uno de ellos tiene un carácter específico y distintivo. Al respecto, quede claro que aquí nos estamos refiriendo, de momento, a la ineludible administración básica del tiempo propio de cada individuo en relación con la tarea de subsistir y sus proyectos libres¹³³.

Es obvio que introducir el calificativo de “económica” para una dimensión de *todo* actuar humano, y que es anterior a la *actividad económica* propiamente dicha, puede generar confusiones terminológicas. Pero creemos que la ganancia en saber que se obtiene con dicha introducción es mayor que los malentendidos que se pudieran inducir inicialmente en los lectores. Lo explicamos.

Ante todo, conviene notar que ya la propia Economía utiliza confusamente el término “económico” como consecuencia de su misma tradición, en

lettres, Gallimard, Paris, 1953, 141-144), propuso su búsqueda filosófica dando la espalda a la consideración del gasto de tiempo: “Pero como un hombre que camina solo y en las tinieblas, resolví ir tan lentamente y con tanta circunspección en todas las cosas que, aunque avanzara muy poco, al menos me guardara bien de caer” (“Mais, comme un homme qui marche seul et dans les ténèbres, je me résolus d’aller si lentement et d’user de tant de circonspection en toutes choses, que si je n’avançais que fort peu, je me garderais bien au moins de tomber”, *Discours de la méthode*, II, *Oeuvres et lettres*, 136). De modo semejante, los proyectos libres (conversar, visitar a un amigo, resolver un problema teórico, cambiar de modo de vida, etc.), admiten una mayor flexibilidad para su ejecución en el tiempo.

¹³¹ El Estado administra la vida de la sociedad mediante sus tres poderes, legislativo, judicial y ejecutivo (cada uno con sus tiempos propios), y de acuerdo con sus objetivos. Lo hace mediante la constitución, las leyes generales, los reglamentos, etc., y determinando, por ejemplo, la duración de los mandatos, la periodicidad de las elecciones, las condenas de los delitos, así como determinando los días laborables y festivos, los cambios estacionales de horario, las fechas de declaración de la renta, etc. No debe, sin embargo, confundirse la administración que hace el Estado con la tarea política propiamente dicha, o sea, la tarea de gobierno, cfr. L. POLO, *Ética*, 308-311.

¹³² Una, y básica, es monetizar el tiempo, o sea, intercambiarlo por dinero; pero existen otras innumerables, como organizar el tiempo de apertura de los mercados, el tiempo de trabajo (turnos), el pago a plazos de las compras, ofrecer productos financieros temporalizados (créditos, futuros), etc.

¹³³ Tras haber justificado su fundamentación en nuestra vida, no es necesario detallar cómo se desarrolla la tarea administrativa más allá de la ordenación del tiempo propio, que es de lo que en este escrito se trata.

concreto por la confluencia de, al menos, dos factores históricos. En primer lugar, desde antiguo se asocia la actividad administrativa con la economía, pues la concepción griega de la *oikonomía* la entendía como el gobierno o administración de la casa, una de cuyas funciones era la adquisición –sin o con mediación de intercambio– de los medios necesarios y útiles para el bien vivir de la comunidad doméstica¹³⁴. A lo cual se añade que el fin de la administración doméstica fue convertido por Aristóteles en la medida de la *crematística*, hasta el punto de que consideraba a ésta como éticamente mala si se independizaba de aquél¹³⁵. Aristóteles, el más influyente de los filósofos griegos, distingue, pues, ambas actividades, pero poniendo como guía a la administración doméstica, lo cual ha propiciado, a lo largo de los siglos, una posible fusión verbal-conceptual de sendas actividades con predominio de esta última, que llegó a imponer su nombre a la *crematística*¹³⁶.

El segundo factor histórico ha sido la definición de la ciencia económica propuesta por Robbins, quien puso en la escasez que afecta a todo comporta-

¹³⁴ Cfr. PLATÓN, *Apología* 36b, 177-178; *Político*, 259b-c, trad. 504; ARISTÓTELES, *Política* I, 4, 1253b23, trad. 6. Este último distingue entre (i) la economía doméstica, (ii) la economía de la *polis*, y (iii) la *crematística*. La diferencia entre la comunidad doméstica y la civil reside en que en la doméstica no existe el intercambio, en la civil sí, ya que en la casa la propiedad es de uno solo, pero en la ciudad los propietarios son muchos. Lo que, en cambio, separa radicalmente a la *crematística* de la economía doméstica, según Aristóteles, es el uso (o no) del dinero, pues los intercambios, mientras no interviene la moneda, son limitados (trueques) y no sobrepasan las necesidades ni la utilidad de la *polis*, que son también –según cree él– limitadas; pero, cuando interviene el dinero, la posibilidad de riqueza se vuelve ilimitada, y de esa manera se puede convertir en un principio de corrupción moral, cfr. *Política* 9, 1256b-1258a18, trad. 14-18.

¹³⁵ El criterio aristotélico se basa en la noción de finalidad: lo natural tiene finalidad en sí mismo, lo artificial la tiene sólo si imita lo natural. Cfr. *Política* 9, 1257b-1258a18, trad. 16-18. Aristóteles no ha comprendido la diferencia entre la causalidad final y los fines humanos (libres). Acierta al entender que los medios, independizados de los fines, constituyen un proceso al infinito carente en sí mismo de sentido. Pero no acierta al ignorar que el hombre puede crear fines sin imitar la naturaleza. La adquisición de riqueza, en este caso, será buena o mala según lo sea el fin humano que rija su uso, y siempre que no sea convertida en el fin último.

¹³⁶ Al pensarla como el fin y la medida de la *crematística*, Aristóteles sugiere que la administración doméstica es humanamente superior y la debe incluir y regular, propiciando su unificación. Así lo entiende, por ejemplo, un comentador tan fino y fiel como Sto. Tomás de Aquino, quien interpreta que, en la *Política*, se distinguen tres artes: (i) la *crematística* no necesaria, arte que procura la adquisición de dinero como un fin por sí mismo; (ii) la *crematística* necesaria, arte que busca la adquisición de dinero, pero para otro fin, a saber, para intercambiarlo por los bienes necesarios a la vida buena; y, por último, (iii) el arte económico, que se ocupa de administrar los bienes de acuerdo con la naturaleza. Pero al final añade que también puede entenderse que *el arte crematístico necesario se identifica con el arte económico* (*Sententia libri Politicorum*, 1, lect. 8, n. 8, *S. Thomae Aquinatis Opera Omnia*, 4, 255).

miento humano el criterio diferencial de la Economía¹³⁷. Pero puesto que la escasez sólo admite ser administrada, la otra dimensión clásica de la Economía –esto es, la creación de riqueza– resultó, en consecuencia, menoscabada a favor de la dimensión administrativa. Al haber servido de base para la manera actual de entender la ciencia económica, dicha definición ha favorecido que, en nuestros días, la *escasez de medios*, y junto con ella el saber que regula su administración (Economía), hayan sido abusivamente referidas y aplicadas a toda actividad humana, e incluso a la vida animal.

Por estos dos caminos recién descritos han sido asociadas, históricamente, la administración doméstica con la actividad económica, por un lado, y la escasez en general con la Economía como ciencia, por otro. Es, pues, el uso histórico del término “económico” el que contiene la posible confusión señalada. Por haberlo heredado, nosotros creemos razonable conservarlo –a fin de poder mantener el diálogo histórico–, pero discerniendo claramente entre la *dimensión económica*, que afecta a todo actuar humano, y la *actividad económica estrictamente dicha*, que es el objeto propio de la ciencia económica. Si no se discernen ambos sentidos de lo “económico” en la actividad humana, se puede incurrir en las graves confusiones que contiene la corriente llamada “imperialismo económico”, tan extendida en nuestros días.

El *imperialismo económico* pretende que toda actividad humana, e incluso la animal, puede ser comprendida, o al menos analizada, desde la ciencia económica actual, basándose precisamente en la creencia de que la escasez (y su administración) es el elemento que determina la condición de cualquier obje-

¹³⁷ L. ROBBINS, *An Essay*, 16: “Economics is the science which studies human behaviour as a relationship between ends and scarce means which have alternative uses” (“La economía es la ciencia que estudia el comportamiento humano como una relación entre fines y medios escasos que tienen usos alternativos”). Téngase en cuenta que, según Robbins, los fines –incluida la consecución de la riqueza– no son propia y directamente tema de la Economía, sólo lo es la relación de los medios con los fines (*An Essay*, 24, 38, 89). Por eso, en dicha definición la escasez –de los medios con usos alternativos– aparece como el constitutivo diferencial de la Economía; pero al centrar en la escasez el núcleo de la ciencia económica, dio una importancia preponderante a la administración, dato éste que es decisivo para la comprensión de la Economía contemporánea. Sin embargo, no fue Robbins el primero de los modernos que dio más importancia a la dimensión administrativa que a la de creación de riqueza, sino que fueron los marginalistas que le precedieron, especialmente Wicksteed (P. H. WICKSTEED, *The Common Sense*, vol. I, 1-2). Desde luego, la administración de los medios o recursos siempre estuvo –y estará– ligada a la tarea de la ciencia económica, pero no siempre se entendió su importancia como preponderante, cfr. nota 372.

to como tema de estudio de la Economía¹³⁸. Se equivoca, porque, al no hacer la distinción que nosotros proponemos, pretende que los métodos que se han desarrollado en nuestra época para *estudiar* la actividad estrictamente económica sean aplicables *sin cambios* para entender cualquier otra actividad humana. En concreto, su error consiste en pretender exportar el método unificado y unificador¹³⁹ de la actual ciencia económica (microeconomía) a cualquier objeto del saber humano.

Como venimos diciendo, es cierto que en la vida de todo ser humano existe una dimensión económica que, por la limitación que implica la muerte, le obliga a cuidar de sus necesidades (nutrición, descanso, cobijo, etc.), a ordenar competitivamente sus proyectos en el tiempo propio, e incluso a necesitar del tiempo de los demás y de sus productos. Por eso, es evidente que hace falta administrar en el tiempo todos los proyectos humanos, a fin de poder mantener la propia actividad vital¹⁴⁰. Y de ahí que la tarea administrativa no ad-

¹³⁸ Cfr. G. S. BECKER, *The Economic Approach to Human Behavior*, Chicago U. Press, Chicago & London, 1976, 3-14; J. HIRSHLEIFER, "Economics from a Biological Viewpoint", en *Journal of Law and Economics*, 20/1 (1977), 1-52; y "Foreword", en S. GROSSBARD-SHECHTMAN, C. CLAGUE (Eds.), *The Expansion of Economics. Toward a more inclusiv Social Science*, M. E. Sharpe, Armonk, 2002, ix-xi; G. RADNITZKY, "The 'Economic' Approach to the Philosophy of Science", en *The British Journal for the Philosophy of Science*, 1987 (38/2), 159-179; y "The Economic Approach. Its Achievements and its Potential", en G. RADNITZKY (Ed.), *Universal Economics. Assessing the Achievements*, Parangon Haus, New York, 1992, 1-68.

¹³⁹ La microeconomía se caracteriza por tener un único método matematizador para construir modelos económicos, de manera que los trabajos de investigación que se inspiran en ella, además de partir todos de un mismo planteamiento antropológico (cfr. R. RUBIO DE URQUÍA, "La naturaleza y estructura fundamental de la Teoría Económica y las relaciones entre enunciados teórico-económicos y enunciados antropológicos", en R. RUBIO DE URQUÍA, E. M. UREÑA, F-F. MUÑOZ (Eds.): *Estudios de Teoría Económica y Antropología*, Aedos-Unión Editorial, Madrid, 2005, 23-198), se pueden encadenar unos con otros como si se tratara de una cadena de producción. Antes de la microeconomía, los autores neoclásicos también proponían modelos matemáticos, pero no existía un único método para construirlos, porque no todos los autores partían de un mismo planteamiento. La unificación posterior del método económico lleva consigo una tecnificación de la Economía, que ofrece inconvenientes y ventajas.

¹⁴⁰ Lo mismo que las empresas han de adoptar un principio contable llamado "principio de empresa en funcionamiento" (cfr. Real Decreto 1514/2007, de 16 de noviembre, Plan general de contabilidad, I, 3º. 1, 15) en el que implícitamente se contiene que el fin de la tarea administrativa es que siga funcionando la empresa, así la administración del tiempo propio busca también, como mínimo, el mantenimiento de la vida personal-individual. Y dado que el mantenimiento del individuo sólo se acaba con la muerte, también la tarea administrativa sólo se acabará con ella. Lo cual implica que –dada su necesidad– su objetivo no es algo que se haya de alcanzar sólo al final de la vida, sino algo que se ha de estar consiguiendo en todo momento, o sea, *en presente*, que es lo que quiere decir, elementalmente, *tener éxito*. En la administración el éxito se reduce a obtener un equilibrio dinámico, pero ha de ser *constante*, cosa característica de la presencia mental.

mita no tener éxito –pues de lo contrario se fenece–, así como que administrar mal equivalga a no administrar¹⁴¹.

Sin embargo, la administración racional del tiempo propio a que obliga esa dimensión se debe someter en última instancia al *criterio del bien integral* de la persona¹⁴², no a la moral del éxito o al principio del resultado¹⁴³. La moral del éxito establece que éste es, en la práctica, el bien u objetivo supremo de la vida¹⁴⁴. El principio del resultado es la versión filosófico-moderna del absoluto, según la cual el absoluto es resultado¹⁴⁵. En un caso, el éxito que se busca es práctico, y, en el otro, teórico, pero ambos coinciden en poner lo incondi-

¹⁴¹ No decimos que no administrar sea igual que administrar mal, sino que administrar mal no cumple el objetivo mínimo e indispensable de la administración, pero como éste ha de ser cumplido *de modo constante*, so pena de extinción, administrar mal tiene el mismo resultado que no administrar. Algunos podrían objetar que, por ejemplo, el estado puede administrar mal a la nación, y no por eso ésta deja de existir. Desde luego, si el estado cae en bancarrota es por mala administración, pero la única manera de salir de esa situación es recomponer de nuevo el equilibrio administrativo de la nación mediante los ajustes necesarios.

¹⁴² Administrar el tiempo propio es distribuirlo según la pluralidad de los fines personales, pero ordenados de acuerdo con lo que *cada uno* estima como mejor, y teniendo en cuenta ineludiblemente la urgencia de la tarea de subsistir. Conviene aclarar que la administración no tiene criterios para distinguir entre los fines últimos, los intermedios y los inmediatos –de los que hablaremos en una investigación próxima–, porque su finalidad inexcusable es lograr un equilibrio constante con la subsistencia. Por tanto, no considera las repercusiones que la elección de ciertos fines tendrá para el bien integral de la persona: ella atiende prioritariamente al “éxito”, o equilibrio entre los fines elegidos y la subsistencia. Y por eso, aunque sea necesaria, su racionalidad es sólo parcial, de modo que, vista desde la unidad de la vida, puede resultar no suficientemente racional cuando se la constituye en criterio único o supremo de la acción, sin someterse al bien integral de la persona, que es aquel que respeta todas las dimensiones del ser humano –necesidades materiales, exigencias intelectuales, morales y religiosas– (cfr. Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, n. 64), para lo cual se han de subordinar las dimensiones materiales e instintivas a las interiores y espirituales (cfr. JUAN PABLO II, Encíclica *Centesimus Annus*, n. 36, Palabra, Madrid, 1991, 69).

¹⁴³ Cfr. L. POLO, *Economía*, 262-266. Contra la moral del éxito propone L. Polo este axioma: “todo éxito es prematuro” (L. POLO, C. LLANO, *Antropología de la acción directiva*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVIII, Eunsa, Pamplona, 2019, 368).

¹⁴⁴ Pondremos como ejemplo de esta moral un texto tomado de A. Smith: “Los principales objetivos de la admiración y de la emulación son merecer, conseguir y disfrutar el respeto y la admiración de los demás. Se abren ante nuestros ojos dos caminos, ambos conducentes al mismo anhelado objetivo; uno de ellos, mediante el estudio del saber y la práctica de la virtud; el otro, mediante la adquisición de riquezas y grandezas” (A. SMITH, *La teoría de los sentimientos morales*, trad. C. Rodríguez Braun, Alianza Editorial, Madrid, 1997, 139). Nótese que el objetivo tanto de la virtud y el saber como de la riqueza y la grandeza es, para A. Smith, obtener la admiración y respeto, la fama y el honor de los otros hombres, o sea, obtener el éxito en el presente histórico.

¹⁴⁵ “Un idealista moderno podría decir: aceptemos la indeterminación como principio y busquemos su autodeterminación. El absoluto será resultado” (L. POLO, *Estudios de Filosofía moderna y contemporánea*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXIV, Eunsa, Pamplona, 2015, 64).

cional en el presente histórico¹⁴⁶. Como se verá en su momento, tanto la técnica como la actividad económica requieren la búsqueda y consecución de cierto éxito, que en el primer caso consistirá, por lo menos, en la utilidad y el buen funcionamiento del producto, y, en el segundo, en la aceptación por otros del ofrecimiento (mercantil) del mismo. Pero convertir el resultado y el éxito en principios filosófico y moral, respectivamente, es una exageración indebida, que ahoga la libertad¹⁴⁷, clausura el saber, y arruina la moralidad¹⁴⁸.

Ahora bien, la ciencia económica actual utiliza como criterio de decisión el de la eficiencia, criterio que requiere, en concreto, *igualar* todos los fines estimándolos como alternativos y sustituibles entre sí. En efecto, la racionalidad económica, tal como hoy se entiende, se ocupa de la relación entre los medios y *cualesquiera fines*, generalizando la consideración de éstos con la mira puesta en el *éxito* administrativo de los bienes, éxito que –como vamos diciendo– por fuerza ha de ser obtenido al menos en grado mínimo, so pena de no subsistir¹⁴⁹. Por eso, una de las diferencias entre la ciencia económica clásica y la actual consiste en que la clásica *se ordenaba prioritariamente* según una finalidad remota –en cuanto que la consecución de la riqueza de los pueblos tarda en adquirirse–, mientras que la actual *se organiza prioritariamente* alrededor de la administración de los bienes, es decir, requiriendo como resultado constante un balance equilibrado¹⁵⁰.

¹⁴⁶ Eso es lo que, en la práctica, hace la administración del tiempo al exigir el equilibrio *de modo constante*. Si esta exigencia se absolutizara en la vida humana, se anularía la consideración del futuro, reduciéndolo a puro presente histórico, con lo que la libertad quedaría negada, pues sin futuro no cabe libertad, al ser ésta, precisamente, “posesión del futuro que no lo desfuturiza” (cfr. L. POLO, *Antropología*, 262).

¹⁴⁷ “Nunca se debe considerar que un éxito es definitivo, porque después de él no hay nada. En esta vida es así. Si el éxito es completo, ¿qué hago después? Propiamente, el éxito ‘total’ a lo sumo se refiere a medios. Por ello, si lo entiende de ese modo, el hombre se queda sin fines” (L. POLO, C. LLANO, *Antropología de la acción*, 368). Cfr. también L. POLO, *La originalidad*, 350-351.

¹⁴⁸ “No se puede apostar sólo y exclusivamente a los resultados, porque en ese momento se produce la corrupción moral” (L. POLO, *Economía*, 265).

¹⁴⁹ Por ser dinámico el equilibrio a conseguir, es posible que el éxito no sea pleno en todo momento, pero siempre ha de ser “suficiente” *en cada momento*, porque, por ejemplo, en el caso de la actividad económica, la ruptura de dicho equilibrio implicaría el fracaso total del proyecto, por insuficiencia de medios (cualesquiera).

¹⁵⁰ Se trata sólo de concepciones distintas de la Economía de acuerdo con la preponderancia que otorga cada una de ellas a la creación de riqueza o a la administración de la escasez, respectivamente. Por ejemplo, la microeconomía actual pone el acento en el estudio de la asignación de recursos en una sociedad, problema básicamente administrativo. Los clásicos (A. Smith, Say, Ricardo, Stuart Mill, etc.), en cambio, dieron más peso al estudio de las condiciones para aumentar la cantidad producida de bienes físicos como fin y objeto de la Economía (H. MYINT, *Theo-*

Precisamente porque se organiza, de modo preponderante, desde la perspectiva de la administración de bienes, la ciencia económica actual, entendida como microeconomía, puede igualar su tarea con un problema de optimización matemática. Al compartir este planteamiento, el imperialismo económico toma de la microeconomía su método, y lo aplica no ya a la mera administración propia de la economía¹⁵¹, sino al quehacer administrativo universal que corresponde a aquella *dimensión* de toda actividad humana que hemos llamado “económica” en sentido amplio.

Pero la administración de la “dimensión económica” de toda actividad humana no puede utilizar el cálculo matemático, porque no es posible saber a cuánto se renuncia cuando se priorizan los proyectos vitales¹⁵², ni tampoco es posible establecer tasas de intercambio entre todo tipo de proyectos¹⁵³. Por

ries of Welfare Economics, reimpresión 1962, 12), que es el modo como ellos entendían la riqueza social, cfr. I. FALGUERAS SORAUREN, “El problema de las nociones de riqueza y trabajo”, en A. GONZÁLEZ ENCISO (Ed.), *Más allá de la división del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 2007, todo el capítulo, especialmente en la página 192; e I. FALGUERAS SORAUREN, “A New View on Robbins’s Definition of Economics: the Notions of Real and Formal Scarcity”, en *Cuadernos de economía: Spanish Journal of Economics and Finance*, 40/113 (2017), 87-89.

¹⁵¹ Es cierto que, como veremos, la actividad económica, aparte de administrar el tiempo –entendido como recurso–, tiene que administrar otros recursos, igual que cualquier otra actividad humana, pero ha de hacerlo de un modo propio, en torno al cual se organiza con preferencia la ciencia económica actual, y al que se pueden y, en determinados casos, se han de aplicar las matemáticas con fruto. Pero eso no justifica la extrapolación del cálculo a toda otra actividad humana.

¹⁵² Por proyectos “vitales” entendemos aquellos proyectos que abarcan amplios espacios de nuestra vida o incluso la vida entera, porque implican un compromiso personal duradero. Con ellos, evidentemente, introducimos una diferencia entre proyectos todavía no justificada, y que será expuesta más adelante en nuestra ordenación investigadora. Hemos tenido que referirnos a ellos para mostrar los fallos del imperialismo económico, igual que antes hemos anticipado otros temas, aún futuros, para hacer aclaraciones y poner ejemplos que van más allá del tema estricto que indagamos aquí.

¹⁵³ Es decir, no es posible establecer el valor de cada proyecto de modo que se pueda calcular a cuánto se ha de renunciar de uno (proyecto) para obtener “alguna cantidad” de otro. Keynes sugiere algo parecido, aunque no igual, cuando defiende que muchas decisiones humanas personales, políticas o económicas no se pueden tomar basándose en el cálculo matemático de las probabilidades de éxito, porque no existe base alguna para realizarlo. Aparte de que refiere la imposibilidad de cálculo sólo a las probabilidades de éxito, la diferencia principal con lo que proponemos aquí es que, según Keynes, tales decisiones las tomamos siguiendo criterios que no son racionales (J. M. KEYNES, *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. VII: *The General Theory of Employment, Interest and Money*, 161-163). Crespo interpreta este pasaje de una forma más cercana a lo que queremos decir, pues lo entiende en el sentido de que muchas decisiones humanas no pueden tomarse solamente siguiendo el criterio de la comparación entre los estrictos valores matemáticos de las distintas alternativas, puesto que no hay base real sobre la que realizar el cálculo (R. F. CRESPO, “Two Conceptions of Economics”, en *Journal of Applied Economics*, 14/2 (2011), 185.

ejemplo, no se puede saber a qué se renuncia exactamente cuando uno se casa, aunque se sepa que se ha de renunciar a algunas cosas. Del mismo modo, no se puede saber exactamente a todo lo que se renuncia cuando uno decide cambiar su residencia, o estudiar una determinada carrera, o escoger entre un puesto de trabajo y otro¹⁵⁴, etc. Más aún, el criterio de la Economía actual no es ni el único necesario ni el más apropiado para ordenar los proyectos vitales, porque la correcta consideración de los asuntos humanos requiere tener en cuenta las diferencias cualitativas, y ordenarlos según una jerarquía de fines¹⁵⁵. La Economía tiene algo que decir al respecto, sí, pero subordinada a otros saberes superiores (Religión, Ética, Política), y coordinada con otros saberes iguales (Historia, Sociología, etc.).

Sin embargo, el imperialismo económico pretende, erróneamente, erigir como supremo su criterio economicista restringido, elevándolo a la categoría de medida de la racionalidad de cualquier elección humana. Pero si la religión, el matrimonio, la familia, etc., tienen verdaderamente una *dimensión económica*, y, en consecuencia, una tarea administrativa, no es porque por sí mismas sean propiamente actividades económicas –que no lo son–, sino porque todas esas instituciones, para cumplir con sus fines, han de contar con que la condición corporal del hombre está, de hecho, limitada por la muerte, y esto nos obliga a todos a disponer racionalmente de nuestro tiempo y acciones *sin dejar de atender a la subsistencia*. Y si las mencionadas instituciones necesitan utilizar el dinero –que lo necesitan¹⁵⁶–, es por el cabo obligado del mantenimiento de sus miembros y organizaciones, no porque tengan ellas mismas una finalidad económica¹⁵⁷.

¹⁵⁴ Por el contrario, el criterio administrativo que sigue la ciencia económica actual exigiría cuantificar el coste y el beneficio de las decisiones, en este caso, el coste de cada renuncia y el beneficio de la elección tomada respecto de los proyectos vitales.

¹⁵⁵ Como ya hemos dicho, Robbins, en cuyo pensamiento se inspira buena parte de la Economía actual, sostuvo que esta ciencia no se ocupa de los fines (cfr. nota 359). También L. Polo sostiene lo mismo, pero aclara que de los fines se ocupa la ética (L. POLO, *Ética*, 144 y 306).

¹⁵⁶ Como se mostrará en un trabajo futuro, el dinero mantiene una relación intrínseca con el tiempo humano, aunque también con los productos. Y, una vez introducido en nuestra situación histórica, hemos de contar con él para establecer intercambios.

¹⁵⁷ Aunque no tienen una finalidad económica, sin embargo, precisamente porque tienen otros fines más altos, el matrimonio, la familia y la religión allegan motivos que promueven el trabajo, y así generan *indirectamente* riqueza económica (cfr. G. GILDER, *Riqueza y pobreza*, trad. C. A. Gómez, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1981; L. POLO, *Economía*, 303-342; I. FALGUERAS SALINAS, “La fundamentalidad de los factores humanos en la economía”, *Libro Homenaje a Alfonso Candau*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1988, 81-100).

Algunos podrían sostener que también los animales parecen tener la función de administrar el tiempo e, incluso, la de optimizar sus recursos¹⁵⁸. Pero lo cierto es que los animales no tienen –como el hombre– proyectos, ni sienten hoy el hambre de mañana¹⁵⁹, ni se aburren, aunque repitan mil veces los mismos comportamientos. Lo que en ellos parece administración del tiempo está por completo regulado desde su biología, por lo que no constituye para ellos tarea ni problema algunos¹⁶⁰, porque nacen con su plan de vida prediseñado. Y, en consecuencia, la vida meramente animal –igual que la simple naturaleza– no crea ni necesita crear riqueza alguna, en sentido estricto¹⁶¹. En cambio, el hombre, en la medida en que articula el tiempo y prevé el futuro, tiene como problema y tarea el planificar su vida, y se puede aburrir hasta enfermarse cuando prevé que el futuro será igual que el pasado, precisamente porque es capaz de innovar y de abrir futuro, de cuya previsión deriva, en nuestra situación histórica, la limitación o escasez de tiempo.

En el hombre, la escasez de tiempo –si sólo es escasez– no es, sin embargo, un factor que anule la actividad del otro polo de la dualización, es decir, de la riqueza de proyectos, respecto de la cual es intrínsecamente relativa¹⁶². Antes bien, la inteligencia y la voluntad lo hacen capaz de encontrar proyectos posibles incluso en dicha escasez, lo cual le permite *vivir con ella*, resolviendo sus

¹⁵⁸ Cfr. S. MULLAINATHAN, E. SHAFIR, *Scarcity*, 75-77, en donde interpretan la diferencia de comportamiento entre las abejas y las avispas en términos de economía humana.

¹⁵⁹ Cfr. TH. HOBBS, *De homine, Thomae Hobbes M. Opera philosophica quae latine scripsit Omnia*, Molesworth, London, 1839, c. 10, 91: "... etiam fame futura famelicus" (hambriento incluso por el hambre futura).

¹⁶⁰ Ya hemos dicho que, para que haya escasez de tiempo, es preciso que exista una riqueza de proyectos que compitan entre sí por razón de la urgencia que acompaña a los proyectos de supervivencia, como consecuencia de la previsión de la muerte, pero los animales no tienen escasez de tiempo, porque ni tienen proyecto alguno, ni, aunque mueren, pueden prever la muerte.

¹⁶¹ La enorme abundancia de cosas, energías y formas de la naturaleza (astros, montes, ríos, minas, seres vivientes, frutos, etc.) únicamente pueden ser consideradas como "riqueza" por el hombre, pues para que exista la riqueza se exige alguien (i) que posea, (ii) que tenga en estima lo poseído, y (iii) que lo ponga en valor. Así, por ejemplo, aunque la abundancia en rendimientos naturales de un país sea muy grande, si sus habitantes no saben cómo aprovecharlos, no constituye riqueza alguna para ellos. Por eso, cabe que naciones muy "ricas" en posibilidades naturales vivan en una situación de gran pobreza económica, mientras que otras, pobres en ese aspecto, tengan un nivel de vida muy alto.

¹⁶² Como ya hemos señalado, existen situaciones –enfermedad mental, lesiones permanentes, o el peligro inminente de muerte– en las que la persona puede quedar despojada de su riqueza de proyectos al no poder disponer del tiempo por sí misma, lo cual parece contradecir nuestra afirmación. Precisamente por eso, hemos añadido entre guiones –si sólo es escasez–, pues en las ocasiones recién mencionadas puede decirse, traslaticiamente hablando, que las personas están en situación de "misericordia", y han de ser ayudadas por otras. Cfr. nota 305.

problemas inmediatos, posponiendo la muerte, y haciendo viables proyectos mayores. Precisamente como solucionador de problemas¹⁶³, el hombre puede *ganar tiempo* a la muerte, sin eliminarla, o sea, adelantar a hoy el problema de mañana, liberando tiempo de mañana para poder atender mejor a la subsistencia, y también para más. En resumen, toda vida humana *puede y ha de ganar tiempo* para resolver el problema de la escasez radical de tiempo, de modo que consiga subsistir y obtener, adicionalmente, tiempo libre respecto de la subsistencia.

Correlativamente, los criterios supremos para administrar en el tiempo los proyectos personales no deben ser meros criterios de necesidad ni puramente repetitivos, deben ser criterios de innovación y de crecimiento, propios de la libertad. Para lo cual no sirven enfoques *dominados*, en forma preponderante, por el cálculo, es decir, cuantitativos, sino consideraciones *ordenadas* según criterios cualitativos, en los que entren en juego los valores personales (donación, religiosidad, ética)¹⁶⁴, de modo que doten de sentido y peso destinal a la cohabitación del mundo, sin descuidar por ello el necesario aprovechamiento cuantitativo de la escasez de tiempo.

Subyace, pues, a la postura imperialista un reduccionismo que no respeta el sentido y la índole personal del ser humano. Al someter a cálculo las grandes decisiones de la vida, y al pretender igualar la administración racional con el aprovechamiento instintivo de los recursos naturales propio de los animales, dichos autores están omitiendo la consideración de la libertad humana como creadora y ordenadora de fines¹⁶⁵. Su comprensión de lo humano es uni-

¹⁶³ Cfr. L. POLO, *Quién es el hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. X, Eunsa, Pamplona, 2016, 25-26 ss.

¹⁶⁴ Por eso, a la definición de la Economía de Robbins, objetaba Cannan que determinados problemas vitales caen, en parte, fuera, y, en parte, dentro del campo de la misma (E. CANNAN “Review of An Essay on the Significance of Economic Science, by Lionel Robbins”, en *Economic Journal*, 42/167 [1932], 426-427). Que Cannan diga que tales problemas caen “medio dentro” de la Economía se podría explicar, desde nuestro planteamiento, con lo que hemos llamado la “dimensión económica” de todo actuar humano, la cual exige ser administrada. Que, a su vez, diga Cannan que los mismos problemas quedan “medio fuera” de la Economía se podría entender, paralelamente, por la incapacidad del saber administrativo económico, y, por tanto, de la Economía (actual), para proporcionar los criterios con los que administrar el tiempo en dichas situaciones “vitales”.

¹⁶⁵ Quizás pueda sorprender la afirmación de que nuestra libertad es creadora de fines. Lo es, desde luego –si bien en un sentido restringido de la noción de “creación”– de fines intermedios, es decir, de los relacionados con el modo de habitar el mundo. Pero también lo es, aunque en sentido muy especial, respecto del fin último, ya que, si bien éste nos viene dado, los seres libres podemos aceptarlo o no aceptarlo, colaborando así a consumarlo positiva o negativamente en nuestra vida. De esto hablaremos más en próximas publicaciones.

lateral, pero una comprensión unilateral de lo que, en realidad, es una dualización no sólo rompe la integridad de lo humano, sino que no puede dar razón completa y adecuada de la actividad humana en el mundo.

Por consiguiente, propiamente hablando, la tarea de administración racional de la escasez, aun la referida a la mera escasez de tiempo, que es la que aquí consideramos, sólo puede hacerse desde la sobra que la inteligencia y la voluntad humanas introducen en el tiempo físico y biológico al poseer el futuro, previéndolo y proyectándolo. Por eso, si la inteligencia y la voluntad dejaran de suministrar ideas y proyectos, sería inevitable no ya el empobrecimiento de la propia vida, sino incluso su vaciamiento de sentido.

4. CONCLUSIÓN

El objetivo conjunto de este segundo tramo de nuestra investigación es averiguar los fundamentos y el sentido antropológico *próximo* de la actividad económica. Pero antes de avanzar en esa línea, nos hemos cuidado, en este primer artículo, de enlazar con el tramo precedente, procurando: perfilar con mayor detalle algunos contenidos de la dualización productiva normal no explicitados por nosotros anteriormente, así como iniciar su concreto despliegue.

En tal sentido, el título de este artículo prometía *precisar y ampliar* la exposición de la dualización productiva normal. Aunque el planteamiento de la exposición nos ha aconsejado separar, en sendas partes del artículo, las *precisiones* –que afectan sobre todo a los temas ya tratados– respecto de la *ampliación* –que aporta nuevos temas–, en su curso ambas se entreveran, porque al hacer las precisiones hemos tenido que ampliar los temas anteriores, y al hacer las ampliaciones hemos tenido que precisar cómo han de ser enfocados los nuevos.

En efecto, al precisar que la dualización productiva normal no es la primera de las operaciones conjuntas de cuerpo y alma –sino sólo la primera que manifiesta de modo externo, completo y normal nuestra esencia–, hemos tenido que ampliar la exposición y pasar a hablar de la que, en verdad, es la operación inicial en el hombre: la operación de la conciencia. En virtud de ésta aparece por primera vez el círculo de “lo mío”, o sea, la forma radical de posesión humana, raíz de toda propiedad. No se trata todavía ni de la propiedad privada ni de la pública, sino de su raíz antropológica, esto es, de la apropiación del objeto, que el hábito de conciencia expande, a continuación, a todas

las demás operaciones cognoscitivas formando el ámbito de “lo mío”. Pero, por ser ella una operación muda, no impide que la operación productiva inaugure la manifestación *externa, entera y normal* de nuestra esencia.

Era importante que la operación de la conciencia fuera mostrada antes de la propia dualización que estudiamos, para que quedara claro desde el primer momento el predominio de su polo superior (riqueza anímica), dado que antes de hacer o producir nada ya poseemos objetivamente, y que, gracias a esa posesión, podremos sacar provecho incluso respecto de lo más bajo del polo inferior.

A su vez, antes de pasar a precisar el polo inferior –que es por donde se empieza a encauzar el despliegue de la dualización–, ha sido conveniente ampliar los pormenores de la situación histórica del hombre, a fin de ponernos en la perspectiva adecuada para comprender las condiciones reales en que se halla dicho polo inferior. Precisamente en la ampliación propuesta, aparte de considerar los problemas teóricos y de precisar los problemas prácticos que afectan a tal situación, nos ha salido al paso la existencia de una resistencia del mundo y del cuerpo que obligan al hombre a hacer un sobre-esfuerzo en su tarea de habitación, e inducen en él algo parecido a lo que algunos economistas entienden por *tendencia al bienestar*. Sin embargo, en nuestro estudio dicha tendencia queda reducida simplemente a la adición de otra fuente de problemas práctico-reales que se suman a los problemas teóricos y prácticos ya mencionados, y que van a ayudarnos a caracterizar su polo inferior.

Además de éstas, hemos tenido que incorporar otras precisiones: aunque hayamos de dirigir la atención temáticamente al polo inferior, en el estudio de esta dualización se ha de proceder (metódicamente) por fases, empezando por la fase personal-individual, porque en toda actividad humana la iniciativa corre a cargo de cada persona, y la prioridad de la persona se transfiere al cuerpo en su dimensión individual.

Pues bien, hechas todas esas precisiones, hemos podido empezar a ampliar con más detalle la consideración del polo inferior –restricciones más limitación– de la dualización productiva normal, caracterizándolo con la noción de escasez. Para lo cual, hemos puesto de manifiesto: (i) que toda escasez es intrínsecamente relativa a cierta abundancia; (ii) que la escasez en el hombre ha de ser distinguida de la miseria –carencia de lo imprescindible para vivir–; y (iii) que la escasez no puede entenderse más que en dualización con la riqueza de proyectos. Según esto, para que la limitación (muerte) se convierta en escasez se requiere la intervención de una fuente de riqueza (anímica). Esa in-

trínseca referencia a la riqueza muestra el encaje de la noción de escasez como polo inferior de la dualización referida.

Una vez vista la caracterización de los polos como riqueza de proyectos y escasez, había que precisar qué tipo de escasez es la que afecta radicalmente a la operatividad humana. La situación histórica del hombre, antes mencionada, determina, por la amenaza constante de la muerte y la consiguiente tarea imposable de la subsistencia, que la escasez básica para el hombre se manifieste como escasez *de tiempo*. Al llegar a este punto, ya nos ha sido posible describir matizadamente los polos de la dualización productiva normal: riqueza (problematizada) de proyectos y escasez de tiempo. Tal caracterización es, a la vez, una ampliación y una precisión temáticas.

En consecuencia, incluso vistas desde la consideración más detenida del polo inferior de la dualización productiva normal, la escasez de tiempo y la riqueza de proyectos resultan ser mutuamente referentes e interactuantes entre sí, sin que ninguna de ellas pueda eliminar por completo a la otra: ni la escasez de tiempo –si sólo es escasez– despoja al hombre de la riqueza de proyectos, ni la riqueza de proyectos puede hacer desaparecer nunca la escasez de tiempo. De lo que se sigue que el hombre no es un mero ser necesitante –como pensaron algunos materialistas–, pero que tampoco es un ser tan sobrado que pueda despreocuparse del subsistir, sino que es capaz de hacer frente a sus necesidades y superarlas con una abundancia *sólo y siempre relativa*. Consideradas desde la dualización, incluso las necesidades y escaseces humanas son crecientes –no sólo el polo superior, la riqueza–, y crecen al ritmo de los proyectos humanos, espoleados por el ansia de mayor libertad de acción, a la vez que entretenidos por la necesaria ocupación en la subsistencia.

Para precisar más esta ampliación, y como corolario de lo anterior, ha sido necesario distinguir también entre “sentir la escasez” y “tener escasez”, pero advirtiendo que, si bien la escasez de tiempo se puede sentir (o no) en distintos momentos, la urgencia de la tarea de sobrevivir y la competencia entre proyectos que ésta introduce es real y constante, de modo que la escasez de tiempo resultante es siempre real. Con esto, obviamente, no decimos que sentimos siempre la escasez real de tiempo, sino que hemos de ocuparnos de administrar constantemente el tiempo humano, teniendo en cuenta, ante todo, la dura tarea de la supervivencia, a causa de la amenaza de la muerte.

La amenaza constante de la muerte obliga al hombre a priorizar entre todos sus proyectos aquellos que tienen que ver con su subsistencia (comer, dor-

mir, asearse, conseguir refugio, abrigarse, etc.), y a hacerlo de manera que obtenga algún tiempo libre respecto de la mera tarea de subsistir. En lo cual está implícita la exigencia de ordenar el tiempo propio. A ese propósito, salta a la vista la primera y más elemental forma de *competición*, a saber, (i) la de anteponer y posponer entre sí las diversas ocupaciones que atienden a la supervivencia, y (ii) la de elegir entre éstas y las posibles ocupaciones libres. Ambas exigencias anticipan, a su modo, la rivalidad y la exclusión que se verán en su momento al hablar de la actividad económica, pero que todavía no lo son propiamente.

Según esto, la peculiar situación histórica del hombre determina la existencia en todas sus actividades de una “dimensión económica”, que procede de la forzosa competición entre sus proyectos, y según la cual siempre ha de tenerse en cuenta la escasez de tiempo y la prioridad de la tarea de la subsistencia. Lo cual da lugar a la que hemos llamado “tarea administrativa”, cuya característica no es la de crear nuevas posibilidades factivas, sino la de hacer *dar de sí* a la escasez, en general, y, en el caso de la administración básica, a la escasez de tiempo propio. A ese fin, se han de ordenar los proyectos para su ejecución en el tiempo de acuerdo con la urgencia del subsistir, con la jerarquía (subjetivo-objetiva) de los fines, y con la compatibilidad entre ellos.

Siendo un rasgo conocido y típico de la actividad económica, la competición de que aquí hablamos no es todavía la competencia propiamente económica –que será una competición entre los agentes de la economía, o una rivalidad en los usos de los bienes–, sino la competencia entre los propios proyectos personal-individuales, por razón de la escasez básica. Por eso, la administración racional del tiempo propio, a que obliga dicha escasez, habrá de ser anterior y afectar a todos los demás tipos de administraciones (incluida la propia de la economía), sin que éstos se reduzcan a ella.

Por tanto, al señalar una forma de competencia entre proyectos y de una correspondiente tarea administrativa, hemos ampliado la temática referente al polo inferior, pero junto con eso ha sido necesario precisar que el sentido de dicha competencia y administración es distinto del que se le da en economía.

Además, si se admite que lo que hemos llamado “dimensión económica” es común a toda actividad humana y que la tarea de administración correspondiente es universal, en el sentido de que también afecta, directa o indirectamente, a toda actividad, se comprenderá que nuestra investigación nos ha llevado a un estrato antropológico más elemental y anterior que el de la acti-

vidad económica propiamente dicha, pero que, sin embargo, se suele confundir, hoy día, con ella.

En concreto, los autores del *imperialismo económico* –que sólo tienen en cuenta la administración de los recursos escasos– imponen los criterios de la ciencia económica actual para resolver cualquier problema de administración. Sin embargo, tales criterios no son los únicos ni los más altos para entender y guiar la tarea administrativa elemental que incumbe a todo ser humano, ya que los problemas que ella trae consigo no pueden ser resueltos con criterios tomados exclusivamente de la Economía, sino que requieren también, y principalmente, de la participación de otros criterios, como, por ejemplo, religiosos, éticos, políticos, etc.

En la tarea asumida por nosotros de precisar y ampliar la dualización productiva normal, nos hemos encontrado, pues, con ciertos adelantos de nociones que habrán de reaparecer más tarde, y con un sentido más especializado, al estudiar la actividad económica, como son las de: propiedad, bienestar, escasez, competición, administración. Pero, aun teniendo rasgos parecidos a las propias de la economía, esas nociones no recogen todavía la configuración de los problemas humanos característicos de esta última, de manera que han de ser entendidas como nociones básicas que, afectando a todas las actividades humanas, afectarán también a dicha actividad económica, si bien sólo a su modo. Aunque son esas nociones las que justifican la denominación de “bases próximas”, que figura en el subtítulo de este artículo, al no haber alcanzado aún el campo propio de la economía, el horizonte de nuestra investigación queda abierto, de momento y para aproximarnos más a él, a la consideración del despliegue concreto de la dualización productiva normal desde su otro polo, el polo superior de la riqueza, individualmente enfocado. Ése será, precisamente, el tema de estudio de nuestro próximo trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUSTÍN, SAN, *Sermo XCVI, Patrologiae Cursus Completus*, Series I (Ecclesiae Latinae), J.-P. Migne accurante, Parisiis, 1845, vol. XXXVIII, 584-589.
- AGUSTÍN, SAN, *Sermo CCCXXX, Patrologiae Cursus Completus*, Series I (Ecclesiae Latinae), J.-P. Migne accurante, Parisiis, 1845, vol. XXXVIII, 1456-1459.
- AGUSTÍN, SAN, *De Civitate Dei, Patrologiae Cursus Completus*, Series I (Ecclesiae Latinae), J.-P. Migne accurante, Parisiis, 1845, vol. XLI, 13-804.

- AGUSTÍN, SAN, *De peccatorum meritis et remissione* I, cc. 2-5, nn. 2-5, *Patrologiae Cursus Completus*, Series I (Ecclesiae Latinae), J.-P. Migne accurate, Parisiis, 1845, vol. XLIV, 109-200.
- ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea – Ética Eudemia*, trad. de Julio Pallí Bonet, Gredos, Madrid, 1985.
- ARISTÓTELES, *Política*, trad. de Julián Marías y María Araujo, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1970.
- BACON, F., *Novum organum sive indicia vera de interpretatione Naturae*, e Typographeo Clarendoniano, Oxonii, 1813.
- BECKER, G. S., *The Economic Approach to Human Behavior*, Chicago U. Press, Chicago & London, 1976.
- BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas in Veritate*, Palabra, Madrid, 2009.
- CANNAN, E., *Wealth. A Brief Explanation of the Causes of Economic Welfare*, P. S. King & Son, London, 1922.
- CANNAN, E., “Review of An Essay on the Significance of Economic Science, by Lionel Robbins”, en *Economic Journal*, 1932 (42/167), 424-427.
- CLARK, J. B., *Philosophy of Wealth. Economic Principles Newly Formulated*, Ginn & Co. Pub., Boston, 1894.
- CORNES, R., SANDLER, T., *The Theory of Externalities, Public goods, and Club Goods*, Cambridge U. Press, Cambridge, 1996.
- CRESPO, R. F., “Two Conceptions of Economics”, en *Journal of Applied Economics*, 2011 (14/2), 181-197.
- CRESPO, R. F., *Filosofía de la economía*, Eunsa, Pamplona, 2012.
- DERRIDA, J., “Donner la mort”, en J.-M. RABATÉ, M. WETZEL (Eds.), *L'Éthique du don. Jacques Derrida et la pensée du don*, Métailié-Transition, Paris, 1992.
- DESCARTES, R., *Discours de la méthode, Oeuvres et lettres*, Gallimard, Paris, 1953.
- DUGGER, W. M., PEACH, J. T., *Economic Abundance. An Introduction*, Routledge, London, New York, 2015.
- FALGUERAS SALINAS, I., “La fundamentalidad de los factores humanos en la economía”, *Libro Homenaje a Alfonso Candau*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1988, 81-100.
- FALGUERAS SALINAS, I., *Hombre y Destino*, Eunsa, Pamplona, 1998.
- FALGUERAS SALINAS, I., “El producir como manifestación esencial del hombre”, en Á. L. GONZÁLEZ, M. I. ZORROZA (Eds.), *In Umbra Inte-*

- lligentiae. Estudios en homenaje al Prof. Juan Cruz Cruz*, Eunsa, Pamplona, 2011, 239-269.
- FALGUERAS SALINAS, I., *Varón y mujer. Fundamentos y destinación de la sexualidad humana*, Edicep, Valencia, 2011.
- FALGUERAS SALINAS, I., “Logos y legein en la teoría del conocimiento de Leonardo Polo”, en J. F. SELLÉS, M. I. ZORROZA (Eds.), *La teoría del conocimiento de Leonardo Polo*, Eunsa Pamplona, 2018, 83-131.
- FALGUERAS SALINAS, I., FALGUERAS SORAUREN, I., “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Foundations of Economic Activity (Part I: Introduction and first steps)”, en *Journal of Polian Studies*, 2015 (2), 21-59.
- FALGUERAS SALINAS, I., FALGUERAS SORAUREN, I., “Man as Dualizing Being. The Remote Anthropological Basis of Economic Activity (Part II: Essential Dualizations and Conclusions)”, en *Journal of Polian Studies*, 2016 (3), 29-53.
- FALGUERAS SALINAS, I., FALGUERAS SORAUREN, I., “La posible y dispar ayuda entre filosofía y economía en relación con algunos problemas básicos de la teoría económica actual”, en J. A. GARCÍA GONZÁLEZ, *Sobre la filosofía de Leonardo Polo: Familia, educación y economía*, Aedos, Madrid, 2019, 23-80.
- FALGUERAS SORAUREN, I., “El fin mínimo de la actividad económica”, en F. F. MUÑOZ PÉREZ, R. RUBIO DE URQUÍA, E. M. UREÑA (Eds.), *Estudios de teoría económica y antropología*, Unión Editorial, Madrid, 2005, 647-685.
- FALGUERAS SORAUREN, I., “El problema de las nociones de riqueza y trabajo”, en A. GONZÁLEZ ENCISO (Ed.), *Más allá de la división del trabajo*, Eunsa, Pamplona, 2007, 165-200.
- FALGUERAS SORAUREN, I., “A New View on Robbins’s Definition of Economics: the Notions of Real and Formal Scarcity”, en *Cuadernos de economía: Spanish Journal of Economics and Finance*, 40/113 (2017), 83-99.
- FEUERBACH, L., “Tesis provisionales para la reforma de la filosofía”, en *Aportes para la crítica de Hegel*, trad. de Alejandro Llanos, La Pléyade, Buenos Aires, 1974.
- FILMER, R., *Patriarca*, en *La polémica Filmer-Locke sobre la obediencia política*, trad. de Carmela Gutiérrez de Gamba, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966, 1-95.
- GEHLEN, A., *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*, trad. de Fernando-Carlos Vevia Romero, Sígueme, Salamanca 1980.

- GILDER, G., *Riqueza y pobreza*, trad. de César Armando Gómez, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1981.
- GREDT, I., *Elementa philosophiae Aristotelico-Thomisticae*, Herder, Freiburg in Brisgau, ⁶1932.
- HEGEL, G. W. F., *Phänomenologie des Geistes*, Hegel Werke, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1970, 3. Band.
- HEGEL, G. W. F., *Logik für die Mittelklasse, Nürnberger und Heidelberger Schriften*, Hegel Werke, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1970, 4. Band, 162-203.
- HEGEL, G. W. F., *Wissenschaft der Logik*, Hegel Werke, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1970, 5. und 6. Band.
- HEIDEGGER, M., *Sein und Zeit*, M. Niemeyer Verlag, Tübingen, ¹⁸2001; trad. de Jorge Eduardo Rivera, Universitaria, Santiago de Chile, 1997.
- HIRSHLEIFER, J., “Economics from a Biological Viewpoint”, en *Journal of Law and Economics*, 1977 (20/1), 1-52.
- HIRSHLEIFER, J., “Foreword”, en S. GROSSBARD-SHECHTMAN, C. CLAGUE (Eds.), *The Expansion of Economics. Toward a more inclusiv Social Science*, M. E. Sharpe, Armonk, 2002, ix-xi.
- HIRSHLEIFER, J., GLAZER, A., HIRSHLEIFER, D., *Price Theory and Applications. Decisions, Markets, and Information*, Cambridge U. Press, Cambridge, ⁷2005.
- HOBBS, TH., *Leviatán*, trad. de Antonio Escotado, Editora Nacional, Madrid, 1979.
- HOBBS, TH., *De homine, Thomae Hobbes Malmesburiensis Opera philosophica quae latine scripsit Omnia*, in unum corpus nunc primum collecta studio et labore G. Molesworth, London, 1839.
- HOWSON, S., “The Origins of Lionel Robbins’s *Essay on the Nature & Significance of Economic Science*”, en *History of Political Economy*, 36(3) (2004), 413-442.
- JEVONS, W. S., *The Theory of Political Economy*, Kelley & Millman Inc., New York, ⁵1957.
- JUAN PABLO II, SAN, Encíclica *Centessimus Annus*, Palabra, Madrid, 1991.
- KANT, I., *Kritik der praktischen Vernunft*, *Kants gesammelte Schriften*, Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften, Berlin, 1908-1913, Band V, 1-163.
- KANT, I., *Opus Postumum*, *Kants gesammelte Schriften*, Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften, Berlin, 1908-1913, Band XXI.

- KEYNES, J. M., “Economic Possibilities for our Grandchildren”, en *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. IX. *Essays in Persuasion*, MacMillan, London, ³1972, 321-332.
- KEYNES, J. M., “The General Theory of Employment, Interest and Money”, en *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. VII, MacMillan, London, 1973.
- KIRZNER, I. M., *The Economic Point of View*, Sheed and Ward Inc., Kansas City, 1976.
- KNIGHT, F. H., *The Ethics of Competition and Other Essays*, Harper & Brothers, New York & London, 1935, reimpresión de Martino Publishing, Mansfield, 2014.
- KOOPMANS, T. C., *Three Essays on the State of Economic Science*, New York, McGraw-Hill, 1957.
- KURUMA, S. (Ed.), *Marx-Lexikon zur politischen Ökonomie*, Bläse und Dücke, Darmstadt, 1969, Band I.
- LEIBNIZ, G. W., *De rerum originatione radicali, Die philosophischen Schriften*, herausgegeben von Carl Immanuel Gerhardt, Berlin, Weidmann, 1875-90, reimpr. Hildesheim, 1960-1961, Band VII, 302-308.
- LEÓN XIII, Encíclica *Rerum Novarum*, en F. RODRÍGUEZ (Ed.), *Doctrina Pontificia, Documentos sociales*, trad. de Carlos Humberto Núñez, BAC, Madrid, ²1964, 247-300.
- LITTLE, I. M. D., *A Critique of Welfare Economics*, Oxford U. Press, London, ²1957.
- LOCKE, J., *Ensayo sobre el gobierno*, en *La polémica Filmer-Locke sobre la obediencia política*, trad. de Carmela Gutiérrez de Gamba, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966, 97-277.
- MARSHALL, A., *Principles of Economics*, MacMillan, London, ⁹1961.
- MARX, K., *Manuscritos: Economía y Filosofía*, trad. de Francisco Rubio Llorente, Alianza Editorial, Madrid, 1968.
- MARX, K., ENGELS, F., *La ideología alemana*, trad. de Wenceslao Roces, Pueblos Unidos-Grijalbo, Montevideo-Barcelona, 1968-1970.
- MASLOW, A. H., “A Theory of Human Motivation”, en *Psychological Review*, 50 (1943), 370-396.
- McKENZIE, R. B., TULLOCK, G., *The New World of Economics. Explorations into the Human Experience*, Richard D. Irwin Inc., Homewood, ²1978.
- MILLÁN-PUELLES, A., *Economía y libertad*, Confederación española de Cajas de Ahorro, Madrid, 1974.

- MULLAINATHAN, S., SHAFIR, E., *Scarcity. Why Having Too Little Means So Much*, Times Books, New York, 2013.
- MUNDELL, R. A., *Man and Economics. The Science of Choice*, MacGraw-Hill, New York, 1968.
- MYINT, H., *Theories of Welfare Economics*, reimpresión de Augustus M. Kelly, New York, 1962.
- ORWELL, G., *1984*, trad. de Rafael Vázquez Zamora, Destino, Barcelona, 1984.
- PIGOU, A. C., *The Economics of Welfare*, Macmillan, London, 1932.
- PLATÓN, *Apología de Sócrates*, en *Diálogos*, trad. de J. Calonge Ruiz y otros, Gredos, Madrid, 1981, vol. I, 148-186.
- PLATÓN, *Político*, en *Diálogos*, trad. de María Isabel Santa Cruz, Gredos, Madrid, 1988, vol. V, 499-617.
- POLO, L., *El Acceso al ser*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. II, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento I*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. IV, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento II*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. V, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento III*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. VI, Eunsa, Pamplona, 2016.
- POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento IV*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. VII, Eunsa, Pamplona, 2019.
- POLO, L., *Quién es el hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. X, Eunsa, Pamplona, 2016, 21-211.
- POLO, L., *Ética. Hacia una versión moderna de los temas clásicos*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XI, Eunsa, Pamplona, 2018, 139-313.
- POLO, L., *La persona humana y su crecimiento*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XIII, Eunsa, Pamplona, 2015, 19-185.
- POLO, L., *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XIII, Eunsa, Pamplona, 2015, 187-378.
- POLO, L., *Antropología trascendental*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XV, Eunsa, Pamplona, 2016.
- POLO, L., “Prólogo” a J. A. Pérez López, *Teoría de la acción humana en las organizaciones. La acción personal*, Rialp, Madrid, 1991, en *Escritos menores (1991-2000)*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVI, Eunsa, Pamplona, 2017, 67-69.

- POLO, L., “Los sentimientos humanos”, en *Escritos menores (1991-2000)*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVI, Eunsa, Pamplona, 2018, 239-245.
- POLO, L., *Nietzsche como pensador de dualidades*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVII, Eunsa, Pamplona, 2018.
- POLO, L., *Estudios de Filosofía moderna y contemporánea*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXIV, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Filosofía y Economía*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXV, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., LLANO, C., *Antropología de la acción directiva*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVIII, Eunsa, Pamplona, 2019, 311-482.
- RADNITZKY, G., “The ‘Economic’ Approach to the Philosophy of Science”, en *The British Journal for the Philosophy of Science*, 1987 (38/2), 159-179.
- RADNITZKY, G., “The Economic Approach. Its Achievements and its Potential”, en G. RADNITZKY (Ed.), *Universal Economics. Assessing the Achievements*, Parangon Haus, New York, 1992, 1-68.
- REAL DECRETO 1514/2007, de 16 de noviembre, por el que se aprueba el Plan General de Contabilidad. Boletín Oficial del Estado, Suplemento del número 278, de 20 de Noviembre de 2007. Recuperado de: <https://www.boe.es/boe/dias/2007/11/20/pdfs/C00001-00152.pdf>.
- REMMERT, H., *Ökologie. Ein Lehrbuch*, Springer Verlag, Berlin, ¹1989.
- ROBBINS, L., *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Mac-Millan, London-New York, ²1962.
- RUBIO DE URQUÍA, R., “La naturaleza y estructura fundamental de la Teoría Económica y las relaciones entre enunciados teórico-económicos y enunciados antropológicos”, en R. RUBIO DE URQUÍA, E. M. UREÑA, F.-F. MUÑOZ PÉREZ (Eds.), *Estudios de Teoría Económica y Antropología*, Aedos-Unión Editorial, Madrid, 2005, 23-198.
- SAHLINS, M., *Stone Age Economics*, Aldine-Atherton Inc., Chicago & New York, 1972.
- SAMEZO, K. (Ed.), *Marx-Lexikon zur politischen Ökonomie*, Verlag Detlev Auvermann KG-Oberbaumverlag, Berlin, 1969, Bd. I., Konkurrenz.
- SENIOR, N. W., *An Outline of the Science of Political Economy*, Richard Griffin & Co., London & Glasgow, 1836, reimpression de Augustus M. Kelley, New York, 1965.
- SMITH, A., *La teoría de los sentimientos morales*, trad. de Carlos Rodríguez Braun, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

- SPINOZA, B., *Ethica, Spinoza Opera*, C. Gebhardt, C. Winters Universitätsbuchhandlung, Heidelberg, 1972, vol. II, 41-308.
- STIGLER, G. J., voz “Competition”, en S. N. DURLAUF, L. E. BLUME (Eds.), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, Palgrave Macmillan, 2008, http://www.dictionaryofeconomics.com/article?id=pde2008_C000261 >doi:10.1057/9780230226203.0279.
- TOMÁS DE AQUINO, *Sententia libri Politicorum, S. Thomae Aquinatis Opera Omnia*, curante Roberto Busa, Frommann-Holzboog, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1980, vol. 4, 248-273.
- WEBER, E., *El problema del tiempo libre. Estudio antropológico y pedagógico*, trad. de Andrés-Pedro Sánchez Pascual, Editora Nacional, Madrid, 1969.
- WHITE, M. V., “Reading and Rewriting: The Production of an Economic Robinson Crusoe”, en *Southern Review*, 15(2) (1982), 115-142.
- WICKSTEED, PH. H., *The Common Sense of Political Economy*, Routledge & Sons, London, 1946, vol. I.
- XENOS, N., *Scarcity and Modernity*, Routledge, London, New York, 1989.
- ZANOTTI, G. J., *Antropología filosófica cristiana y economía de mercado*, Unión Editorial, Madrid, 2011.

